

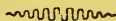
PQ 6506

.M2

Copy 1

EL CUATRO.

COLECCION  
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.



**MARIA Y LEONOR,**

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



**MADRID.**  
IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.  
1863.

# CATALOGO

## DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

### EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...  
Amor de antesala.  
Abeirardo y Eloisa.  
Abnegacion y nobleza.  
Angela.  
Afectos de odio y amor.  
Arcanos del alma.  
Amar despues de la muerte.  
Al mejor cazador...  
Achaque quieren las cosas.  
Amor es sueño.  
A caza de cuervos.  
A caza de herencias.  
Amor, poder y pelucas.  
Amar por señas.  
A falta de pan...  
Artículo por artículo.

Ponito viaje.  
Boadicea, *drama heroico*.  
Batalla de reinas.  
Berta la flamenga.  
Barometro conyugal.  
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.  
Cañizares y Guevara.  
Cosas suyas.  
Calamidades.  
Como dos gotas de agua.  
Cuatro agravios y ninguno.  
Como se empuje un marido!  
Con razon y sin razon.  
Cómo se rompen palabras.  
Conspirar con buena suerte.  
Chismes, parientes y amigos.  
Con el diablo á enchilladas.  
Costumbres políticas.  
Catilina.  
Carlos IX y los Hugonotes.  
Carnioli.

Dos sobrinos centra un tío.  
D. Primo Segundo y Quinto.  
Deudas de la conciencia.  
Don Sancho el Bravo.  
Don Bernardo de Cabrera.  
Los artistas.  
Diana de San Roman.  
D. Tomás.  
De audaces es la fortuna.  
Dos hijos sin padre.  
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.  
¡Está loca!  
En mangas de camisa.  
El que no cree... resbala.  
El niño perdido.  
El querer y el rascar...  
El hombre negro.  
El fin de la novela.  
El filántropo.  
El hijo de tres padres.  
El último vals de Weber.  
El hongo y el miriñaque.  
¡Es una niña!  
Echar por el agua.

El clavo de los maridos.  
El oncenno no estorbar.  
El anillo del Rey.  
El caballero feudal.  
¡Es un angel!  
El 5 de agosto.  
El escondido y la tapada.  
El licenciado Vidriera.  
¡En crisis!  
El Justicia de Aragon.  
El Monarca y el Judío.  
El rico y el pobre.  
El beso de Judas.  
El alma del Rey Garcia.  
El afán de tener novio.  
El juicio público.  
El sitio de Sebastopol.  
El todo por el todo.  
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.  
El que las da las toma.  
El camino de presidio.  
El honor y el dinero.  
El payaso.  
Este cuarto se alquila.  
Esposa y mártir.  
El pan de cada día.  
El mestizo.  
El diablo en Amberes  
El ciego.  
El protegido de las nubes  
El marqués y el marquésito.  
El reloj de San Plácido.  
El bello ideal.  
El castigo de una falta.  
El estandarte español á las costas africanas.  
El conde de Montecristo.  
Elena, ó hermana y rival.  
Esperanza.  
El grito de la conciencia.

Furor parlamentario.  
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el abijado de todo el mundo.  
Genio y figura.

Historia china.  
Hacer cuenta sin la huésped.  
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcón.  
Indicios vehementes.  
Isabel de Médiéis.  
Ilusiones de la vida.  
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.  
Juan sin Tierra.  
Juan sin pena.  
Jorge el artesano.  
Juan Diente.

Los amantes de Chlnehon.  
Lo mejor de los dados...  
Los dos sargentos españoles.  
Los dos inseparables.  
La pesadilla de un casero.  
La hija del rey René.  
Los extremos.  
Los dedos huéspedes.  
Los éxtasis.  
La posada de una carta.  
La mosquita muerta.  
La hidrofobia.  
La cuenta del zapatero.  
Los quid pro quos.  
La Torre de Londres.  
Los amantes de Ternel.  
La verdad en el espejo.  
La Banda de la Condesa.  
La esposa de Sancho el Bravo.  
La boda de Quevedo.  
La Creacion y el Diluvio.  
La gloria del arte.  
La Gitana de Madrid.  
La Madre de San Fernando.  
Las flores de Don Juan.  
Las apariencias.  
Las guerras civiles.  
Lecciones de amor.  
Los maridos.  
La lápida mortuoria.  
La bolsa y el bolsillo.  
La libertad de Florencia.  
La Archiduquesita.  
La escuela de los amigos.  
La escena de los perdidos.  
La escala del poder.  
Las cuatro estaciones.  
La Providencia.  
Los tres banqueros.  
Las huérfanas de la Caridad.  
La niña Iris.  
La dicha en el bien ajeno.  
La mujer del pueblo.  
Las bodas de Camacho.  
La cruz del misterio.  
Los pobres de Madrid.  
La planta exótica.  
Las mujeres.  
La union en Africa.  
Las dos Reinas.  
La piedra filosofal.  
La corona de Castilla.  
La calle de la Montera.  
Los pecados de los padres  
Los infieles.  
Los moros del Riff.  
La segunda cenicienta.  
La peor cuña.  
La choza del almadrén.  
Los patriotas.  
Los lazos del vicio.  
Los molinos de viento.  
La agenda de Correlargo.  
La cruz de oro.  
La caja del regimiento.  
La planta exótica.

Llueven hijos.  
Mi mamá.  
Mal de ojo.  
Mi oso y mi sobrina.  
Martin Zurbano.

MARÍA Y LEONOR.



# MARÍA Y LEONOR,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ORIGINAL DE

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Estrenada en el Teatro del Príncipe el día 16  
de Enero de 1863.



MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1863.

PQ6506  
M2

PERSONAS.

ACTORES.

LA CONDESA.....	SRA. D. <sup>a</sup> MATILDE Díez.
LEONOR.....	SRA. D. <sup>a</sup> ROSA TENORIO.
FULGENCIO.....	SR. D. MANUEL CATALINA.
D. ALFONSO.....	SR. D. ANTONIO PIZARROSO.
LUPERCIO.....	SR. D. JUAN CATALINA.
D. BERNARDO.....	SR. D. JUAN CASAÑÉ.

---

La accion pasa en el Cabañal de Valencia.

---

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y de cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

199181

1913

---

## ACTO PRIMERO.

---

Fachada de la alquería de D. Alfonso, en el foro, con puerta practicable, que deja ver á corta distancia un jardín y en lontananza el mar. Á cada lado de la puerta habrá una reja con persianas corridas, y un espeso emparrado dará sombra á la entrada de la alquería.

### ESCENA PRIMERA.

La CONDESA. LUPERCIO. Llegan por la derecha.

COND. No pasemos adelante:  
esa es la finca rural  
que busco.

LUP. Es fácil aquí  
una por otra tomar  
cuando en calles y viviendas  
hay tanta uniformidad.

COND. Esa es: tiene un emparrado  
que no tienen las demas.  
Llame usted.

LUP. (Acercándose á la alquería.)  
Voy... Es inútil;  
que asoma por el zaguan  
quien puede darnos razon...  
(Aparece Leonor saliendo de la alquería y dirigiéndose á la izquierda del foro.)



## ESCENA II.

La CONDESA. LUPERCIO. LEONOR.

(Bocado de cardenal!)

COND. Pregunte usted...

LUP. Señorita...

Usted me ha de perdonar...

LEONOR. No hay de qué.

LUP. Es usted de casa? —

No es pregunta de fiscal  
la mía.

LEONOR. Ya lo supongo.

LUP. Ni mera curiosidad  
la que...

LEONOR. Bien está. Aquí vivo.

Qué tiene usted que mandar?

LUP. Mi señora la Condesa  
de Fonsalubre dirá...

(Recíproca salutación muda de las dos damas.)

COND. El asunto, señorita,  
que, trayéndome á este umbral,  
me proporciona el honor  
de conocer y tratar  
á tan bella criatura...

LEONOR. Señora! Yo no...

COND. Sí tal. —

Pero iba usted á salir,  
y es falta de urbanidad...

LEONOR. Iba á hacer una visita  
cuatro casas más allá;  
mas, como es de confianza,  
la haré despues: es igual.

COND. Siendo así...

(Aparte con Lupercio.)

Qué amable!

LUP. Oh! mucho.

LEONOR. Dígnese usted pues de honrar  
el modesto albergue...

COND. Gracias.

Si usted no lo toma á mal,



debajo de este emparrado,  
que oreando la brisa está,  
departiremos un rato,  
ya que este lindo lugar,  
suprimiendo vanas fórmulas,  
da al trato más libertad.

LEONOR. No replicaré. (Es simpática.)

(Desde la puerta.)

Trae aquí sillas, Pilar.

(Una criada sale poco despues con sillas, las deja  
bajo el emparrado, y en seguida se retira. Las Señoras  
y Lupericio se sientan.)

COND. Va usted á decir sin duda  
que es capricho original  
el mio. Yo, que en Valencia  
resido tres meses ha,  
he venido aquí, hostigada  
por el calor estival,  
á bañarme,—por placer, ¡  
que no por enfermedad,  
en esa risueña playa.  
Con lujo casi oriental  
me hospeda una hermosa quinta  
que he conseguido alquilar,  
y de la cual puede usted  
disponer.

LEONOR. Gracias.

COND. Pero hay  
entre mi quinta y la playa  
un fatigoso arenal;  
y aunque á mis yeguas, no á mí,  
hace el tránsito sudar,  
me mortifico en extremo  
con esa contrariedad.  
Ni alquería ni cabaña  
queda disponible ya  
de las de esta calle nueva,  
que es la más próxima al mar.  
No falta quien, presumiendo  
que hay ménos dificultad  
en hacerme propietaria  
que huésped temporal,

me lo propuso, y ya cuento,  
por algo se ha de empezar,  
con una cabaña.

LEONOR. Sí?

COND. Mas tan reducida y tan...

LEONOR. ¿Dónde...

COND. (Señalando á la derecha.)

Ahí, pared por medio  
de esta alquería.

LUP. Cabal.

COND. Y en el terreno que ocupan  
las dos, puedo edificar  
una habitacion que llene  
todos mis deseos.

LEONOR. (Con frialdad.) Ya.

COND. Es excusado añadir  
que con placer singular  
compraría yo esta finca.

LEONOR. Dudo yo que esté venal;  
y, en todo caso, conmigo  
no habria usted de tratar,  
sino con el dueño.

COND. Es claro.

LEONOR. Y ha salido, y no vendrá  
tan pronto...

COND. (Levantándose, y se levantan tambien Leonor y Lu-  
percio.)

Yo volveré. —

Por quién he de preguntar?;  
que aún no sé cómo se llama...

LEONOR. Don Alfonso Mercadal.

COND. Á un jóven de ese apellido  
trato con intimidad.

LEONOR. ¿Quién...

COND. Don Fulgencio...

LEONOR. ¿Qué escucho!

COND. Pariente suyo quizá...

LEONOR. Es su hijo.

COND. De véras?

LUP. (Su hijo!)

COND. Qué feliz casualidad!  
(Á Lupercio.)

No sabia yo que fuese  
vecino del Cabañal  
nuestro amigo.

- LUP. Y propietario  
justamente del hogar  
que usted desea adquirir.
- COND. Ahora bien, mio será;  
que es Fulgencio muy galante  
y tal su amabilidad,  
que no negará á mis ruegos  
su intercesion eficaz.
- LEONOR. (Ah!)
- LUP. Nadie, y ménos que nadie  
Fulgencio, rehusará  
servicio tan subalterno  
á dama tan principal.
- LEONOR. (Cielos!)
- COND. (Aparte con Lupercio.)  
Creo que se turba.
- LUP. Sí, algo...
- LEONOR. (Será su galan?)
- COND. Y espero que usted tambien,  
hermosa...  
(Aparte con Lupercio.)  
Lo es en verdad.
- LUP. No tanto... (Ah!)
- COND. Me hará el obsequio  
de influir con su papá...
- LEONOR. No es mi padre Don Alfonso.
- COND. (Aparte con Lupercio.)  
No son hermanos! ¿Serán...  
amantes...
- LUP. ¿Quién sabe...
- LEONOR. ¿Huérfana  
desde la más tierna edad,  
soy pupila suya; pero  
no le amaria yo más  
si fuera mi padre.
- COND. Aplaudo  
ese tierno amor filial  
y envidio... (Oh tristes memorias!)  
Pero volvamos á hablar

de la finca. Lo confieso,  
es mi empeño tan tenaz,  
que á cualquier precio...

LEONOR.

Si usted,

dama de alta calidad,  
cuando, lo debo inferir,  
tiene sobrado caudal  
para levantar palacios  
y puede con dignidad  
morar en ellos, codicia,  
por un capricho fugaz  
sin duda, la posesion  
de este rústico solar;  
considere usted, señora,  
cuánto atractivo tendrá  
para quien bajo ese techo,  
que yo aprendí á venerar  
desde niña, tantos años  
gozó de dicha y de paz.  
No, no querrá Don Alfonso  
su alquería abandonar;  
que si fastuosa no ostenta  
timbres de alcázar feudal,  
en ella—ay Dios! fallecieron  
sus padres que en gloria están.  
Y cuando mi buen tutor,  
fiel y bravo militar,  
con más heridas que medros  
volvió á su suelo natal,  
la salud y la alegría  
logró en ella recobrar;  
y unida á su corto sueldo  
la herencia patrimonial,  
puede, si con lujo nó,  
con decoro y sin afan,  
prometerse á nuestro lado  
dulce vida patriarcal,  
¡que más allá de la mia  
quiera el Cielo prolongar!

COND.

No hay goces que se comparen  
en la humana sociedad  
con los goces de familia;

pero la época actual  
propende á ensanchar su esfera,  
y es sobrada austeridad  
cuando la buena fortuna,  
merecida aunque casual,  
llama, niña, á nuestra puerta,  
no abrirla de par en par.  
¿Qué perderá Don Alfonso  
en venderme este local  
cuando yo vengo resuelta  
á doblar, á triplicar  
su precio?

LEONOR. (Enternecida.) Es de agradecer  
tanta generosidad,  
señora, y no seré yo,  
aunque con harto pesar  
dejaria esas paredes  
asilo de mi orfandad,  
no seré yo quien se oponga  
hoy ni nunca al bienestar  
del que cuidó de mi infancia  
con ternura paternal...  
y de... su hijo. Á la de ambos  
someter mi voluntad,  
es grato deber de mi alma  
agradecida y leal.

COND. (Levantándose, y hacen lo mismo Leonor y Luper-  
cio.)

(Lágrimas!...) Si llora usted  
dará al traste con mi plan;  
que no tengo, yo, hija mia,  
entrañas de pedernal.  
No turbe, no, mi egoismo  
ese apacible solaz  
de una vida sin zozobras,  
campestre, pura, frugal  
en que funda usted su dicha.

LEONOR. ¿Y por qué se ha de privar  
usted... Mi tutor acaso  
y Fulgencio aceptarán...

LUP. Y algun feliz expediente  
podrá acaso conciliar

los deseos de ambas partes.  
Puede haber un tribunal,  
desconocido en la curia,  
que dicte, sin apelar  
á la ley de expropiacion,  
una sentencia arbitral,  
*ex æquo et bono...*

COND. (En voz baja.) Lupercio!

LUP. He dicho.

COND. Adios. Tiempo habrá  
de ventilar ese asunto,  
que, por cierto, no es vital  
para mí. Perdone usted  
que le haya hecho demorar  
su visita...

LEONOR. Oh! no era urgente...

COND. Y permita que, en señal  
del afecto que me inspira,  
bese...

LEONOR. Honra usted mi humildad.

(Se besan.)

COND. Qué linda!—¿El nombre...

LEONOR. Leonor.

COND. Bonito, y nada vulgar.

LUP. Reinas se honraron con él  
en España y Portugal,  
Calderon le hizo famoso;  
pero ya—fatalidad!—  
no queremos ser castizos  
ni en la pila bautismal.

COND. (Retirándose de la alquería con Lupercio.)  
Adios, Leonorcita.

LEONOR. Adios.

(Me encanta... y me hace temblar!)  
(Desaparece por la izquierda del foro.)

### ESCENA III.

La CONDESA. LUPERCIO.

COND. ¡Qué cuadro tan halagüeño  
y cómo me ha conmovido!

- Qué candor!... Daré al olvido  
mi vano y frívolo empeño.
- LUP. Si en su pobre domicilio  
con honores de tugurio—  
perdóneme si le injurio—  
su vida es perene idilio,  
dejémosla con su idea  
y en buen hora, para asombro  
del mundo, cuelgue de su hombro  
el zurrón de Galatea;  
aunque ni *in diebus illis*  
cuando cantaba Maron  
desdenes de Coridon  
y flaquezas de Amarilis;  
ni cuando sus cantilenas,  
sin alterar la cartilla,  
imitaron en Castilla  
Garcilasos y Valbuernas,  
pudo en obras y palabras  
ser tan culto y tan bizarro  
el ignorante zamarro  
que cuida ovejas ó cabras.
- COND. Mal mi pena se concilia  
con ese lenguaje.
- LUP. Eh! yo...
- COND. No es cosa de burlas, nó,  
la dicha de una familia.
- LUP. ¿Qué oigo! ¡La dicha...
- COND. Ay Lupercio!
- LUP. ¿Por qué lógica se infiere  
que atenta á ella quien quiere  
mejorarla en quinto y tercio?  
Sin graduarle yo, por mofa,  
de cerril pastor intonso,  
¿tan mal vendrá á Don Alfonso  
una nuera de esa estofa?
- COND. Pero Leonor ama á su hijo:  
eso lo conoce un ciego.
- LUP. Ni lo afirmo ni lo niego.
- COND. Su turbacion me lo dijo.
- LUP. Criada con él, no es mucho  
que como á hermano le quiera.



- COND. Por qué nó de otra manera?  
Su llanto...
- LUP. Ba! Un arrechucho...  
Perder temia el eden  
donde hoy reina soberana;  
y, al cabo, el amor de hermana  
tiene sus celos tambien.  
¿Y qué importa que esa bella  
ame á Fulgencio en silencio,  
si el consabido Fulgencio  
no ama á la dicha doncella?
- COND. ¿Será mucho que él se rinda  
á su gracia angelical,  
si á mí, mujer y rival,  
me ha parecido tan linda?
- LUP. Cavilacion!... ¿Cómo pues,  
miéntras lloraba su ausencia  
Leonor, usted en Valencia  
gemir le ha visto á sus piés?
- COND. ¡Oh! tanto como eso, no.  
Cierto es que me hace la corte...
- LUP. Y usted será su consorte  
ó quemó mis libros yo.
- COND. Apénas hace ocho días,  
que usted le trajo á mi casa...
- LUP. Toma! En ménos tiempo abrasa  
una deidad á un Macías.
- COND. Aún no me ha pedido el sí...
- LUP. Mas con los ojos le implora.
- COND. Aún no ha dicho que me adora.
- LUP. Sí tal: me lo ha dicho á mí.  
Hágase usted mas justicia  
y no tema el parangon.  
¿Con dama de tal blason  
competir una novicia!
- COND. Es amable...
- LUP. Pero ruda.
- COND. Cándida...
- LUP. Pero pedestre.
- COND. Tierna flor...
- LUP. Pero silvestre.
- COND. Yo viuda...

- LUP. Pero ¡qué viuda!  
¿Podrá disputar la palma  
por pocos años de ménos  
á esos ojos, que áun serenos  
rinden cada día un alma?  
¿Quién niega su simpatía  
á esa gracia singular  
que en vano intenta nublar  
sinistra melancolía?
- COND. (Ay cielo!)
- LUP. Y, acá inter nos,  
si á mí me toca esta vez  
ser, bella Condesa, el juez  
que sentencie entre las dos,  
¿cómo dudar de mi fallo  
cuando sabe usted—ay triste!  
que, aunque me ha dejado alpiste,  
toda el alma mía...
- COND. (Con autoridad, pero sonriendo.)  
Eh!...
- LUP. Callo.  
Cuando caí en el garlito  
harto necio fuí, señora,  
y más lo sería ahora  
reincidiendo en el delito.  
Mal pudo salir indemne  
de tan loca pretension  
un estudiante gorrón,  
sólo en lo pobre solemne.  
Ciego obedecí al vehículo...
- COND. No por pobre, nada de eso,  
perdió usted aquel proceso,  
sino...
- LUP. Ya sé: por ridículo.  
Siempre ha sido y será cierto  
que hombre á quien amor inflama  
y hace reír á su dama,  
ya se puede dar por muerto.  
Otro que yo en un arranque  
de orgullo desesperado  
se hubiera quizá arrojado  
de cabeza en un estanque;

mas, dúctil y servicial,  
troqué en aquella ocasion  
la tierna declaracion  
en humilde memorial;  
y usted, con la risa blanda  
que sólo á mí no escasea,  
tuvo la feliz idea  
de acceder á mi demanda;  
y yo el buen astro bendigo  
que á la honra me elevó  
de humilde criado...

COND.

No:

mi confidente, mi amigo.

LUP.

Y aunque parezca sofisticada  
mi evolucion y algo exótica,  
aquella pasion erótica  
tomó el carácter de mística.  
¿Cómo, si no fuera así,  
con abnegacion tan rara  
para otro solicitara  
lo que yo no merecí?

COND.

Buen Lupercio!

(Le da la mano.)

Lo confieso,

que á usted no le oculto nada,  
de Fulgencio estoy prendada,  
con mirarle me embeleso.

Fijando en mí con placer  
ojos dulces y expresivos,  
él tambien vé en mí atractivos  
que yo no creo tener;

y al mostrarme su adhesion,  
de tal modo me la prueba,  
que me parece que lleva  
en la boca el corazon.—

Pero el mio se contrista  
dudando si á mi riqueza  
debo, más que á la belleza,  
tan halagüeña conquista.

LUP.

No; esa duda es temeraria.  
La amaria á usted lo mismo...,  
quizá con más fanatismo,

- si fuera usted proletaria.  
Él es de masa distinta  
que esa pollada sin fé...
- COND. Pronto de dudas saldré,  
porque hoy le espero en mi quinta.
- LUP. Oiga! eso tenemos?
- COND. Sí.
- LUP. ¿Conque una cita...
- COND. Oh, no es cita.  
Me prometió una visita  
cuando de él me despedí,  
y en un parte telegráfico  
me dice que hoy...
- LUP. Caro amigo!
- COND. Pasará el día conmigo.
- LUP. Cuando digo que es seráfico!  
Tras de usted viene el doncel,  
y de Leonor no se acuerda!  
Ya vé usted... Mas no se pierda  
la ocasion...
- COND. ¿Qué...
- LUP. Firme en él!
- COND. Cómo! ¿Ardides de coqueta  
me aconseja usted?
- LUP. No tal,  
sino... una guerra leal...  
Usted todo lo interpreta...  
No quiero que usted claudique  
para prenderle en la red,  
sino que le exija usted  
que opte...
- COND. Basta.
- LUP. Que se explique...
- COND. Ah! si alguno en el andén  
no le espera, ¿quién le guía  
á mí...
- LUP. Yo, señora mia.
- COND. Vendrá en el próximo tren.
- LUP. Voy pues...
- COND. (Si vanó delirio  
es mi acendrada pasion,  
Dios me dé resignacion

para este nuevo martirio.)

#### ESCENA IV.

LUPERCIO.

En la volante y dogmática  
filosofía del vulgo,  
suele ser cada proverbio  
una verdad como un puño,  
y entre ellos, sin excluir  
los del mismo Pero-Grullo,  
no hay otro tan verdadero  
como aquel de *oros son triunfos*.  
Una viuda rica y jóven  
¿por qué pues duda del suyo?—  
Pero indicios vehementes  
de cariño más profundo  
que el de una hermana adoptiva  
han mostrado los singultos  
y el llanto de aquella moza;  
es hechicero su busto,  
y si, ántes del episodio  
de Valencia, ha habido arrullos  
de tórtola entre los dos;—  
que ni él ni ella son de estuco  
y es circunstancia agravante  
haberse criado juntos,—  
bien puede al verla de nuevo  
ser Fulgencio tan estúpido,  
que otra vez caiga en el lazo,  
y renuncie por escrúpulos  
livianos á la brillante  
señora de alto coturno  
con sobrados alicientes  
para el gasto y para el gusto.  
Sería este un contratiempo  
muy fatal á mi peculio;  
que Fulgencio y la Condesa,  
uncidos al casto yugo,  
de generosas albricias  
me colmarian á duo.

No. La gratitud, y acaso  
del astro mio el influjo,  
de parte de la Condesa  
me ponen, y siervo suyo;  
ya que nada he prosperado  
cultivando otros estudios,  
fama ganaré y provecho  
en las aulas de Mercurio.—  
¿Qué haria... Oh feliz ideal!  
Si aparentando un impulso  
de cristiana caridad  
á esa zagala descubro,  
haciendo del ladrón fiel,  
los amorosos preludios  
de Fulgencio y la Condesa,  
es de inferir, que *ex-abrupto*  
rompa con él, suponiendo  
que como á esposo futuro  
le ame. Tiene al parecer  
su buena dosis de orgullo,  
y tocando yo con maña  
ese resorte, no dudo...  
(Mirando hácia la izquierda.)  
Ah! ya vuelve. Aun tardará  
el tren algunos minutos,  
y conviene anticiparme...  
Sí; el llanto sobre el difunto:

### ESCENA V.

LUPERCIO. LEONOR.

- LUP. Permita usted, señorita,  
si no le soy importuno...  
LEONOR. Qué quiere usted?  
LUP. Un momento  
de audiencia: pronto concluyo.  
LEONOR. De parte de la Condesa?  
LUP. No; de la mia.  
LEONOR. ¿Qué asunto?  
LUP. Uno que interesa á usted:

:



- personalmente.
- LEONOR. Á mí!
- LUP. Mucho.¡
- Desde el momento en que tuve  
la dicha y el gozo sumo  
de ver á usted...
- LEONOR. Caballero!...
- LUP. No me mire usted con zuño.  
No es una declaracion  
de amor romántico y brusco  
la que á sus piés me conduce,  
aunque tan bello dibujo  
puede hacer prevaricar,  
no digo á mí, á un taumaturgo.
- LEONOR. Oh! acabemos.
- LUP. Yo, que siempre  
rendí fervoroso culto  
á la virtud y á las gracias,  
á dar á usted me apresuro  
un aviso saludable.
- LEONOR. (Impaciente.)  
En fin, sepamos...
- LUP. Barrunto,  
y en la interesante escena  
que he presenciado lo fundo,  
que ese tierno corazon  
es ya amoroso tributo...
- LEONOR. ¿Cómo... De quién?
- LUP. Claro está:  
de Don Fulgencio.
- LEONOR. Y, pregunto,  
es usted mi confesor?
- LUP. No tal.
- LEONOR. Ó mi juez?
- LUP. Qué absurdo!  
Pero... la... filantropía...,  
la... El deseo. . (Me aturullo.)
- LEONOR. ¿No soy libre por ventura  
para amar...
- LUP. Es inconcuso  
derecho el de amar que yo  
ni á usted ni á nadie disputo;



pero, aunque fe no merezca  
un embajador intruso,  
y aunque contra mi señora  
en la fea nota incurro  
de chismoso, sepa usted—  
Si no lo digo, me pudro—  
que es su rival la Condesa.

LEONOR. (Ah! Bien temía...)

LUP. Y que el pulcro  
mancebo la corresponde.

LEONOR. ¿Qué me importa...

LUP. Esto ya es público  
en Valencia.

LEONOR. (Santo Dios!)

LUP. Hoy le espera aquí...

LEONOR. (¿Qué escucho!)

Aquí!

LUQ. Es decir, en su quinta.—

Me aflijo, me apesadumbro,  
créalo usted, al pensar  
en tan inicuo perjurio.

LEONOR. Oh! No hay tal perjurio. Es rara  
porfía...

LUP. Si no es perjuro,  
tanto mejor, Señorita:  
se libra usted de un insulto  
que no merece, y Fulgencio  
será un prócer, casi augusto,  
cuando Himeneo le enlace  
por lo cual le congratulo,  
y á usted tambien...

LEONOR. (Qué suplicio!)

LUP. Con una dama de rumbo,  
no sin mérito en verdad,—  
(Contemplando á Leonor.)  
aunque como ese ninguno!

LEONOR. Basta!

LUP. Y aun está en la flor  
de la edad, y hace en el mundo  
gran papel, y lleva un título  
sonoro, si nó vetusto,  
y un dote que, por mi cuenta,

pasa de un millon de duros.  
LEONOR. Sin esa heráldica pompa,  
sin ese ostentoso lujo  
(Dios mio, dadme valor!)  
prender á Fulgencio pudo  
la gracia de la Condesa,  
que á mí propia me sedujo.

LUP. Su alma de usted, tan extraña  
al vil interes inmundo,  
desdeña esas vanidades,  
esas glorias, que son humo,  
pólvo, nada!... Ay Leonor!  
De corazones tan puros  
menguada es ya la cosecha.  
Feliz quien merezca el tuyo!  
¡Feliz yo si...

LEONOR. (Con enojo ) Señor mio!...

LUP. (Ya he dado, como acostumbro,  
una pífia garrafal.)  
Perdon! Tenga usted por nulo  
lo que... Ay! no se hizo la miel  
para la boca del burro.  
(Mirando á los bastidores de la izquierda.)  
(¿Qué veo!)

LEONOR. (Está loco ese hombre?)

LUP. (Allí á Fulgencio columbro...)  
Un *lâpsus*... Perdone usted...  
(Se pára... Vacila...) Un flujo  
de palabras... (Ah! flechado  
viene hácia aquí. Yo me escurro...)  
(Leonor medita y no le oye.)  
Abur. (Estaré en acecho.  
Si ahora aprietan más el nudo  
que romper ha pretendido  
mi oficiosidad, me luzco!)  
(Váse por la derecha.)

## ESCENA VI.

LEONOR.

Adios, mi dorado sueño!  
De hoy más, amargura, luto!...  
Mas con lágrimas y quejas  
turbar la dicha no es justo  
de Fulgencio. Dios me inspira...  
Apiádele mi fortunio!

(Se dirige á la alquería, y sale á su encuentro Fulgencio, que llega por la izquierda.)

## ESCENA VII.

LEONOR. FULGENCIO.

FULG. Leonor!

LEONOR. Ah!

¿Qué veo! ¡Tú...

FULG. Abrázame, prenda mia.

LEONOR. (Recibiendo con frialdad el abrazo.)  
Fulgencio!... No te esperaba  
tan pronto...

FULG. (Apénas me mira!)  
Ni yo de ti tal tibieza.

LEONOR. Tu llegada repentina...  
¿Por qué no avisar... (Dios mio!)

FULG. ¿Á qué anunciar mi venida  
cuando el tránsito es tan corto?

LEONOR. Bien dices.

FULG. (¿Tendrá noticia...)

LEONOR. ¿Recibiste el grado...

FULG. Sí;  
tres días ha. Dame albricias.  
Ya soy licenciado en leyes.  
Supongo que, aunque tan tibia  
me recibes, no te pesa...

LEONOR. Dudarlo es una injusticia.  
¿Cómo han de pesarme á mí  
las glorias, las alegrías

de usted...

FULG. Usted! ¿No soy ya tu hermano? ¿Qué significa... Tienes de mí alguna queja?

LEONOR. (Con viveza.) No, no! En qué la fundaría?

FULG. Pues ¿por qué tan... diplomática conmigo?

LEONOR. Ya no soy niña, y el qué dirán...

FULG. Qué simpleza! Harto lo eres todavía pues tan pueriles escrúpulos te asaltan. Lenguas malignas no pueden menoscabar nuestra honra siempre limpia. Ó hálame con más llaneza, ó confiesa que te dicta algun oculto motivo ceremonia tan ridícula.

LEONOR. Yo...

FULG. Pero mi padre .. Entremos...

LEONOR. No está. Don Pedro Zaldívar le ha convidado á almorzar.

FULG. Sí? Bien. La ocasion se brinda para que hablemos á solas.

LEONOR. De qué? (Ay! harto lo adivina mi corazon.)

FULG. Vas á oír, no sé si adversa ó propicia...

LEONOR. Habla.

FULG. Una revelacion...

LEONOR. (Pudiera excusarla.) Oh! dila.

FULG. (Contemplando á Leonor.) (Si, mi amor primero es ella...; el único! Mi delicia, mi bien está en esos ojos... cuando otros no me fascinan.)

LEONOR. Habla pues. Qué te suspende?

FULG. Profunda pasion me agita, y bien puedes comprender, sin que mi labio lo diga,

que es amor.

LEONOR. Sensible y jóven,  
no extraño...

FULG. Amor sin mancilia...

LEONOR. No lo dudo...

FULG. Como el alma  
de la hermosa que lo inspira.

LEONOR. (Triste evidencia!) Su nombre...  
para que yo le bendiga.

FULG. Su nombre, y tú bendecirle!  
Pues ¡qué! mútua simpatía  
¿no te ha dicho ya quién es?

LEONOR. (¿Será posible...)

FULG. ¿Qué dicha  
puede haber para Fulgencio  
que contigo no divida?  
Que yo te nombre á mi amada!  
Acaso lo necesitas?

Ó la cándida modestia  
te hace juzgar de tí misma  
con extremado rigor,  
ó más que creí maligna  
y melindrosilla, quieres,  
prolongando mi fatiga,  
dar así mas alto precio  
á mi anhelada conquista.—

Mi formal declaracion  
oiga usted, pues, Señorita.

Acogió mi digno padre  
en su hogar á una pupila  
á quien me unió desde niño,  
entre inocentes caricias  
tierno afecto, cuya índole  
yo propio no conocia.

Qué más? Durante la ausencia  
que felizmente hoy termina,  
la paz del alma perdí,  
sin saber que te ofendia,  
entre las mil seducciones  
que á la juventud insidian  
en esa alegre ciudad  
que es de España maravilla.

- LEONOR. (No me han engañado!)  
FULG. Iluso  
gozaba ya en perspectiva  
grandezas, lauros, placeres...  
Tal vez ya mi alma novicia  
al canto de una sirena  
iba á rendirse cautiva...
- LEONOR. (La ama, sí!)  
FULG. Mas por fortuna  
la razon, aunque tardía...
- LEONOR. (La razon!...)  
FULG. Vino en mi auxilio  
cuando ya estaba á la orilla  
del precipicio; y tu imágen,  
dulce como nunca y linda,  
se me apareció; y entónces,  
entónces, prenda querida,  
pasado el extraño vértigo  
que extravió mi fantasía,  
ví que por ti, por ti sola  
de amor esta alma delira;  
que de bastardas pasiones  
debe triunfar la legitima,  
que tú, tan grata á mis ojos  
desde el alba de la vida,  
eres la adorable esposa  
que el cielo á mi fe destina.
- LEONOR. (¡La ama, y por delicadeza  
su gloria me sacrifica,  
su bienestar!...)
- FULG. No respondes!
- LEONOR. (Valor!) Mucho me honraria,  
sobre tantos como ya  
debo á esta noble familia,  
el favor inesperado  
con que mi humildad sublimas.
- FULG. Qué! ¿te sorprende...?
- LEONOR. Favor  
que otras verán con envidia  
y yo en el alma agradezco;  
pero...
- FULG. ¿Qué oigo! ¿No te dignas...



- LEONOR. Ni merezco yo tu mano...  
ni quiere Dios que la admita.
- FULG. Por qué? No alcanzo... Ah! tal vez  
con tu desvío castigas,  
no ya mi culpa, si es culpa  
la intentada y no cumplida,  
sino mi sinceridad.
- LEONOR. No te acuso de perfidia,  
Fulgencio. Si tal hiciera,  
con qué derecho lo haria?  
¿Qué sagrado juramento  
ó qué promesa nos liga...
- FULG. Créi...—necio error el mio!  
que en silencio se entendian  
nuestras almas...
- LEONOR. (Ayl)
- FULG. Ya veo  
que no me amas...
- LEONOR. Como amiga,  
como tierna hermana, sí;  
pero...
- FULG. Acaba! (¿Quién diria...)
- LEONOR. Pero de otra suerte, no.
- FULG. (¡Y con el alma contrita  
venía yo...)
- LEONOR. (¡Virgen santa,  
perdona mi atroz mentira!)
- FULG. Leonor... Á tu libertad  
no atentaré mi porfia.  
Me resignaré... Sin duda  
ya tu corazon domina  
otro amor...
- LEONOR. Yo... (Consumemos  
el sacrificio.)
- FULG. Suspiras!
- LEONOR. Sí, otro amor... (Tambien ahora  
miente mi lengua sacrilega.)
- FULG. Más merecedor será  
que yo de tan alta dicha,  
pues le has preferido á mí.
- LEONOR. ¿No entras...
- FULG. Ahora no. Precisas



diligencias me lo impiden.  
LEONOR. (Ay de mí!)  
FULG. Despues...  
LEONOR. (La cita!)  
FULG. Adios!  
LEONOR. (Casi le agradezco  
que tan pronto se despida.)  
Adios! (Máteme el dolor  
y él no vea mi agonía!)  
(Entra en la alquería, y entorna la puerta.)

### ESCENA VIII.

FULGENCIO. LUPERCIO.

¡Un nó me cierra el camino  
cuando vuelvo á su querencia!  
Mentia pues mi conciencia  
en pugna con mi destino.  
LUP. (Llegando.)  
(Él medita aquí en silencio;  
ella en la casa se encierra.  
Declarada está la guerra:  
no hay duda.)  
FULG. (Vamos!...)  
LUP. Fulgencio!  
FULG. Ah! Lupercio!...  
LUP. Al grato anuncio  
de tu venida, mi fe  
me trae... (En guardia estaré;  
no me coja en un renuncio.)  
Te busco, fiel mayordomo,  
para llevarte á la quinta...  
Pero ó me engaña la pinta,  
ó vienes... qué sé yo cómo?  
FULG. Ah!  
LUP. Suspiras! ¿Quién así  
turba el venturoso dia  
que amor...  
FULG. En esa alquería  
vive mi familia.  
LUP. Sí?

- FELG. Por mi bien, ó por mi mal,  
que áun no lo sé, me condujo  
á ella...
- LUP. Comprendo: el influjo  
de la sangre: es natural.
- FULG. Otro, aunque amo y reverencio  
á mi padre, otro más fuerte  
me arrastraba..., oh ciega suerte!,  
ó yo lo creí...
- LUP. Fulgencio!
- FULG. Creció una niña á mi lado...
- LUP. Ya; angelical, pudibunda...
- FULG. Á cuya dulce coyunda  
me creí predestinado.
- LUP. Mas de la sándia pastora  
y de su techo pajizo  
triunfó con mágico hechizo  
la Condesa mi señora.
- FULG. Yo temí que, aunque rendidos  
á irresistible atraccion,  
no estuviese el corazón  
acorde con los sentidos.
- LUP. Vaya si eres metafísico!  
Si tanta es tu sutileza,  
pronto pierdes la cabeza...
- FULG. Ay Lupercio!
- LUP. Ó mueres tísico.
- FULG. Más de dos y más de tres  
creerán, dije para mí,  
que á Leonor ingrato fui  
por el sórdido interés.—  
En fin, así cavilando  
vuelo aquí como á mi centro,  
y ante sus ojos me encuentro  
sin saber cómo ni cuándo.—  
¡Y la puerta del eden  
suspirado se me cierra!
- LUP. Cómo!...
- FULG. Sí; de él me destierra  
con el más frio desden.
- LUP. (Bravo!) Tu necio capricho  
tal merece, hablando en plata,

- porque...
- FULG. No me ama la ingrata!  
Ella misma me lo ha dicho.
- LUP. (Bien haya mi diplomacia!)  
El chasco será más grave  
si la Condesa lo sabe  
y pierdes también su gracia.—  
No! Toda es tuya, lo sé,  
aquella alma ardiente y noble,  
y no es de partida doble,  
como la tuya su fe.
- FULG. No ha sido doblez la mía,  
sino...
- LUP. Una duplicación:  
qué más da?
- FULG. Yo...
- LUP. En conclusión,  
ha sido una tontería.  
Pese á las lindas patrañas  
de bucólicos poetas,  
si en el gran mundo hay coquetas,  
no faltan en las cabañas:
- FULG. Sí; necio y acaso aleve  
he sido y mi platonismo  
ridículo anacronismo  
en el siglo diecinueve.  
Vana razón no me arguya  
contra la excelsa mujer  
que anega el alma en placer  
con cada mirada suya.  
Y es razón que me desdora  
la que falaz me convida  
á adorar á quien me olvida  
y olvidar á quien me adora.
- LUP. Vamos á la quinta pues  
donde, siendo yo tu heraldo,  
cautivo otra vez Reinaldo  
vuelva de Armida á los piés;  
y aunque pese á la cohorte  
de empalagosos rivales  
que la hartán de memoriales  
en Valencia y en la Corte,

ríete, feliz galán,  
de patriarcales costumbres  
y de rústicas techumbres;  
que tú no eres un gañán;  
apaga aquí el incensario,  
ó hago contra ti un romance,  
y resignate al percance  
de ser—ay Dios!... millonario.  
(Vánse de bracero por la derecha.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Received of the  
Hon. Secy of the  
Interior  
for the  
Department of  
the Interior  
the sum of  
\$1000.00  
for the  
purchase of  
land for  
the  
Department of  
the Interior

Wm. H. Murray

---

## ACTO SEGUNDO.

---

Jardin con arbolado en la quinta que habita la Condesa.  
La puerta de comunicacion con la casa estará á la derecha del actor. Sillas y un banco en el proscenio.

### ESCENA PRIMERA.

FULGENCIO. LUPERCIO.

Aparecen sentados y fumando.

FULG. Adorable mujer! Qué gentileza!  
qué amenidad en su apacible trato!

LUP. Qué muebles! qué riqueza! qué aparato!

FULG. Pero, sin ostentar necia arrogancia,  
une la dignidad á la franqueza,  
la grata sencillez á la ~~arrogancia~~ *elegancia*

LUP. ¡Y qué opíparo almuerzo,  
á cuya simple vista  
recibió ya mi estómago un refuerzo!  
¡Qué talento y qué tacto  
de verdadero artista;—  
el término es exacto;  
que si tal nombre usurpa un zapatero,  
¿por qué negarle á un hábil cocinero?—  
¡Qué talento, repito,  
ha mostrado el que paga la Condesa  
para excitar, no ya nuestro apetito;

- que nunca están sin él los estudiantes,  
sino el del más austero cenobita  
ó el del más estragado sibarita!  
¡Cómo hermanando atmósferas distantes,  
en amigable pacto  
ha sabido despótico  
unir el fruto indígena al exótico;  
ya en sabrosos manjares peregrinos,  
ya en variedad de regalados vinos!  
Así, no cual Melendez ni Villegas  
y otros no ménos cándidos colegas,  
así, aunque Baco me propine un cólico,  
yo admito y amo al género bucólico.
- FULG. Más que todo ese lujo,  
que ponderas gastrónomo entusiasta,  
el dulce agrado que con él contrasta  
en mi alma ejerce poderoso influjo.  
No, no es fascinacion como creia  
lo que me rinde así y así me halaga;  
es que su alma y la mía  
Dios ha formado en plácida armonía.  
No al conjuro obedezco de una maga  
cuando su vista de placer me embriaga,  
ni amo en ella á la espléndida señora,  
sino las altas prendas que atesora.
- LUP. Mas tu amor poco medra  
con que á mí me lo cuentes. Qué te arredra?  
¿Por qué esa lengua, para mí tan franca,  
en presencia del ídolo se atranca?
- FULG. Porque temo, Lupercio...
- LUP. Sí, temes que al pedir su mano blanca  
crea que ves en ella un buen comercio  
y que pagas tributo,  
no al flechador Cupido, sino á Pluto.
- FULG. ¿Quién sabe...
- LUP. Á un lado escrúpulos de monja!  
Ni ella por combátirlos incurriera  
en la tonta y ridícula lisonja  
de descender de su elevada esfera,  
ni puede en su virtud acreditada  
hacer mella el demonio.  
No esperes de ella nada.



- sin la prévia sancion del matrimonio.
- FULG. Tal creo, y á ser otro mi concepto,  
ni tan perdido soy ni tan inepto,  
que quisiera yo aquí, galan ó novio,  
solicitar mi oprobio.  
Mas, aunque anhelo en venturoso lazo  
unirme á la Condesa,  
siento... Nosé... Un rubor,... un embarazo...  
un...
- LUP. Acaba. Un atroz remordimiento...  
¿Vuelve acaso á encenderse la pavesa  
de aquel pueril amor tan mal pagado?
- FULG. Creo que no; pero tomar estado...  
sin que mi padre...
- LUP. Horrible atrevimiento!
- FULG. Me dé su vénia...
- LUP. Tenla por segura.  
Si fortunon tan sólido  
rechaza el buen señor, será un estólido.  
¿Y eres tú, por ventura,  
menor de edad, ó pudorosa niña  
que sale de un convento?
- FULG. Si yo...
- LUP. Me hace reir tu encogimiento.  
Huye si temes que papá te riña.
- FULG. ¿Huir—ay Dios! del inefable encanto  
que roba mi albedrio?  
Huir!... No tengo fuerzas para tanto.
- LUP. Pues habla, pese al alma de un judío!  
Cuando al más taciturno y timorato  
hace atrevido y gárrulo el champaña,  
¿cómo, no siendo tú ningun novato,  
á ti te pone mudo y turulato?  
Nuevo es este fenómeno en España.
- FULG. Yo me declararé...
- LUP. Bien!
- FULG. ...Por escrito.
- LUP. ¿Qué escucho!
- FULG. Con la pluma  
tendré más libertad.
- LUP. Pero, bendito,  
cuando en su casa estás, cuando te abruma

con regalos y mimos y finezas,  
y ahora el almuerzo á digerir empiezas  
que excita mis encomios,  
¿en vez de deshacerte en reconcomios,  
te limitas—idea estafalaria!  
á una declaracion epistolaria?  
¿No consideras que, si tal estudio  
te ve poner, Fulgencio, en el prelude  
de tu nupcial campaña, ha de achacarte  
el mezquino interés de que hace poco  
querias sincerarte?

FULG. Tienes razon.

LUP. Pues ¡ánimo!

FULG. Estoy loco.

LUP. Pues no eres niño tú ni ella es... el coco,  
deja esa timidez que me da grima.—  
El crítico momento se aproxima.  
¿Qué falta, cuando ya de vuestros ojos  
el mutuo regodeo  
ha dado en incesante escopeteo  
á las aras de amor tantos despojos,  
sino breves palabras, que sin duda  
ménos dirán que su elocuencia muda?  
Mientras aquí aspiramos negligentes  
de sendos puros el cubano aroma,  
delicia que, con ser omnipotentes,  
fué negada á los Césares de Roma,  
ella en el tocador con nuevo brillo  
á la magna entrevista se prepara,  
aunque á quien tanto imán tiene en su cara  
bastaba ya su *negligé* sencillo. (Se levanta.)  
No tardará en venir: solo te dejo.

FULG. (Levantándose.)

No; quédate. Perplejo...

LUP. Adios. No hay ya perplejidad que valga.

FULG. Yo...

LUP. Rompe á hablar, y salga lo que salga.  
Ni á presenciar un triunfo me resigno  
de que yo no soy digno;  
ni, si bien lo gradúo,  
hacen falta tres voces para un dúo.  
(Entra en la casa.)

## ESCENA II

FULGENCIO.

Con sobrada razon le mueve á risa  
mi extraña turbacion. Soy yo un novicio?  
Balbuciente ó remisa  
¿por qué ha de ser mi lengua ante la dama  
á cuyo hechizo el corazon se inflama?  
¿Qué crimen ó qué vicio  
es la blanda atracción que me embelesa?  
Por ventura, el dictado de Condesa,  
aunque no como á tal la solicito,  
¿es un padron de infamia, un sambenito?  
¿Tan abyecta es mi raza, por ventura,  
tan vil mi condicion, que ser ingrato  
prefiera á cometer el desacato  
de elevar mi ambicion á tanta altura?  
Cuando así la sublimo  
y la venero asi, ¿cómo, insensato,  
no veo que á mí propio me deprimo?  
Qué! por faltarme el oro que le sobra,  
¿seré... Ah! ya viene... y vuelvo á mi zozobra

## ESCENA III.

FULGENCIO. La CONDESA.

COND. Tira usted el puro al verme!  
Tráteme con más franqueza.  
No es tal mi delicadeza,  
que un poco de humo me enferme.  
Diez años viví en la Habana  
donde es tanto su consumo;  
¿y haria yo ascos al humo  
de la yerba nicociana?

FULG. Bondad de usted...

COND. Sin embargo,  
no tan bondadosa soy  
como usted piensa, pues voy

- á hacerle un severo cargo.  
FULG. Por qué?  
COND. Pronto verá usted  
que no sin razon le riño.  
FULG. ¡Cargo á mí...  
COND. Sí; de cariño.—  
Pero no estemos de pié.  
(Se sienta en una silla y Fulgencio en otra.)  
Cuando yo me despedí  
para los baños de mar,  
¿por qué á una amiga callar  
que tiene usted casa aquí?  
FULG. Estaba en la inteligencia  
de que usted ya lo sabía,  
y no fué descortesía,  
señora, ni inadvertencia  
de tan pobre ofrecimiento  
abstenerme; que una choza  
á quien tales timbres goza  
no es decente alojamiento.  
COND. Le tengo á usted por veraz,  
y aunque de altiva me acusa,  
me satisface la excusa  
y alzo bandera de paz.—  
Pero, si bien lo examino,  
no es incidente casual,  
sino ley providencial  
de nuestro mutuo destino  
lo que á albergue tan risueño  
hoy me ha llevado.  
FULG. Oh placer!  
¿Ha honrado usted...  
COND. Sin saber  
quién de la finca era dueño,  
yo la queria comprar  
y en ella hacer mi morada  
sólo porque está situada  
casi á la orilla del mar.  
Pero no sonó muy bien  
mi designio caprichoso...  
FULG. Á quién?  
COND. Al ángel hermoso

- que guardaba aquel eden.  
FULG. (Leonor!)  
COND. Hizo bien... (Se inmuta.)  
FULG. Ella...  
COND. No hay quien se desprenda  
sin pesar de su vivienda,  
siquiera sea una gruta.  
Yo no insistí en la demanda,  
porque lloró la doncella,  
y cuando llora una bella  
aun en las mujeres manda.  
Mas ¡cuánta fué mi sorpresa  
al saber que la alquería  
al padre pertenecía  
del caro amigo...  
FULG. Condesa!...  
COND. Al momento presumí,  
y era cosa natural,  
que entre ella y usted...  
FULG. No tal.  
Ella...  
COND. Dije para mí:  
Esta niña tan preciosa,  
que así el corazón me gana,  
¿será de Fulgencio hermana...,  
ó su prometida esposa?  
FULG. Es pupila...  
COND. Ya lo sé.  
FULG. De mi padre...  
COND. Auto en favor.  
FULG. Huérfana...  
COND. Tanto mejor  
para interesar á usted.  
FULG. Como hermana, es justo, y cierto,  
pero no de otra manera,  
y si su mano pidiera  
predicaria en desierto.  
COND. ¡Es posible...  
FULG. Entre ella y yo  
nada el cariño difiere:  
como á un hermano me quiere;  
mas para marido, no.

COND. (Ah!) Creí que un mismo techo  
albergue fué de los dos  
porque os destinaba Dios  
para nudo mas estrecho,  
y cuando en ambos refleja  
de juventud al albor,  
¿cómo pudiera el amor  
formar más digna pareja?

FULG. ¿Quién, señora, á su dominio  
lindes poner osaría?  
No es el mundo una alquería,  
ni amor es un racionio.  
Tal vez diez años de trato  
al alma no dicen nada,  
y tal vez una mirada  
se la lleva de rebato.

COND. Fulgencio!

FULG. Pero ¿qué fruto  
saca de rendirse un alma  
si otra no le dá la palma  
con recíproco tributo?  
¿Y cómo á tan grato don  
he de aspirar si reparo  
que vino á mi alma el disparo  
desde tan alta region?  
¿Cómo—ay! á la que es mi encanto  
aspirar cuando en la cuna  
y el mérito y la fortuna  
tanto me aventaja, tanto!

COND. ¿Por qué con esa humildad  
se juzga usted á sí mismo?  
¿qué cuna ni qué bautismo  
hace á una mujer deidad?  
La que usted tanto releva  
en su amoroso desbarro,  
¿qué puede ser, sino barro,  
como cualquier hija de Eva?  
Lujo, riquezas, blasones,  
¿qué valen? si otros les faltan,  
necias son las que se exaltan  
con tan efímeros dones.  
¿No lo son de más virtud



sobre honrado nacimiento  
unidos gracia y talento,  
discrecion y juventud?  
¿Puede Himeneo á su altar  
pedir mas dignas ofrendas?  
Mancebo de tales prendas,  
¿á qué no puede aspirar?  
¿Cuándo á la censura prévia  
no echó el amor noramala?  
¿Qué jerarquías no iguala  
y qué distancias no abrevia?  
No ha conocido el amor  
ni sabe sus rudimentos  
quien admira los portentos  
de telégrafo y vapor.  
Si nuevos en nuestra edad,  
para él no; que ha siglos mil  
inventó el ferrocarril,  
creó la electricidad.

FULG. (Divina!) Creerá la gente  
maliciosa que á sus piés  
me arrastra el vil interes,  
no amor sincero y vehemente.

COND. ¿Qué importa cuando de dos  
hace amor una alma sola,  
y su mútua fe acrisola  
nudo que bendice Dios,  
qué importa que el negro diente  
rompa en ellos ilusoria  
la envidia, como en la historia  
de la lima y la serpiente?  
La que el lauro mereció  
de que usted tanto se asombra...

FULG. Yo...

COND. Y ya que usted no la nombra...

FULG. Oh!...

COND. Habré de nombrarla yo...

FULG. Vida mia!

COND. Eso ya es algo.—

No le hace á usted la injusticia  
de sospechar vil codicia  
en corazon tan hidalgo:

- FULG. Oh! Dios lo sabe: jamás...
- COND. Si así juzgo yo, ¿por qué ha de dar usted mas fe al juicio de los demas?
- FULG. Porque no tanto me engrío, que merecedor me crea...
- COND. Quizá esa la prenda sea que cautiva mi albedrío.  
¿No es de las más relevantes la modestia sin ficcion en medio de esa legion de mozuelos petulantes? Y cuando á tantos apremia del oro la ardiente sed, ¿no es ya un mérito en usted librarse de esa epidemia?— Ni yo mi orgullo limito á los timbres y al dinero:— perdone usted, caballero, si su modestia no imito. Perdon si á pensar me atrevo, aunque incurra en un sofisma, que algo soy yo por mí misma sin el título que llevo.
- FULG. ¡Algo, y es usted emporio de las gracias y...
- COND. No tal.
- FULG. Ese algo es lo principal y lo demas, accesorio.
- COND. ¿Me amaria usted quizás sin la heráldica bambolla...
- FULG. Sí!
- COND. Viuda de misa y olla..., es decir...
- FULG. Sí, mucho más!
- COND. Pues bien, á un truque un retruque. Yo amo á usted con fanatismo, y le amaria lo mismo aunque fuera un archiduque. Mas ya que la Providencia quiso darme á mí un condado y hacerle á usted abogado,

llevémoslo con paciencia,  
y sin más cuándoos ni cómoos,  
fieles á porfía y tiernos,  
querámonos... por querernos,  
y seamos... lo que somos.

FULG. ¿Á quién—oh amor! no persuades  
cuando un ángel te interpreta  
en cuya boca discreta  
las argucias son verdades?  
Ah Condesa!...

COND. No consiento  
ser nombrada así.

FULG. Señora...

COND. Ni así tampoco! Ya es hora  
de apearne el tratamiento.

FULG. Pues merezco tal favor,  
(Tomando la mano de la Condesa.)  
permíteme...

COND. Así!

FULG. Que bese  
tu blanca mano. (Lo hace.)

COND. ¡Ese es, ese  
el pronombre del amor!

FULG. Ah!...

COND. Mi frente no se cubre  
de vergüenza, no, á fe mia,  
porque me llame la Guia  
Condesa de Fonsalubre.  
No es hereditario el título,—  
ni vitalicio siquiera  
si en mi conyugal carrera  
llego al segundo capítulo.  
Sábelo para consuelo  
de tu esquivia democracia:  
viuda, conservo la gracia;  
casándome, viene al suelo.  
Mas confieso que me agrada  
porque fué don de mi esposo;  
¡de aquel hombre generoso  
que me sacó de la nada!—  
No obstante, amor se horripila  
con la jerga cortesana,

- y yo, como fiel cristiana,  
tengo mi nombre de pila.
- FULG. Le ignoraba y aún le ignoro.  
Faltando la intimidad,  
sólo tu alta calidad  
conocía, y... el decoro...
- COND. Sí, Condesa, Condesita...  
General costumbre es esa.  
La que acierta á ser Condesa  
no es otra cosa... en visita;  
y á la gente linajuda  
agrada ese formulario;  
mas no reza el calendario  
á Santa Condesa viuda.
- FULG. Tambien yo con más placer  
querré llamarte...
- COND. María.
- FULG. Dulce Mariquita mia!  
(Se levanta la Condesa y tambien Fulgencio.)
- COND. Ya lo has echado á perder.
- FULG. ¡Qué...
- COND. La menor variacion  
al nombre santo y sonoro  
de la alma Virgen que imploro  
es una profanacion.  
*Mariquita!* Á cualquier bruja  
se llama así.
- FULG. Pero... yo...
- COND. María he de ser, y nó  
Mariquita ni Maruja.
- FULG. Se ha visto donaire igual?
- COND. Si hay algun donaire en mí,  
á ti te lo debo, á ti:  
la dicha me hace jovial.  
Tú en apacible expansion  
conviertes mi honda amargura:  
bálsamo es tu amor que cura  
mi ulcerado corazon.  
Ay Fulgencio! Á ésta mujer,  
en quien hoy ciega fortuna  
tantas mercedes aduna,  
vedado estaba el placer.

- En vano de su tristeza  
buscó en el fausto el remedio.  
La vida miró con tédio  
en su envidiada grandeza.  
¿Qué mucho si mi alma ahora  
desusado gozo embarga  
viendo tras noche tan larga  
brillar tan risueña aurora?
- FULG. ¿Será menor mi alegría  
en momentos tan felices?  
Ah! si tu suerte bendices,  
qué diré yo de la mia?
- COND. La mia es mayor sin duda.
- FULG. Si eso juzgas, yo lo alabo;  
pero no es posible...
- COND. Al cabo,  
tú eres soltero, y yo viuda.
- FULG. Qué importa...
- COND. Y aunque el escote  
debo yo pagar...  
¿Quién piensa...
- COND. Pingüe dote no compensa...
- FULG. Por Dios, no me hables de dote.
- COND. Te enfadas? Lo digo...
- FULG. Quita!  
Más legítimo es mi enfado  
que el tuyo porque te he dado  
el nombre de Mariquita.
- COND. Bien; no tengamos reyerta...
- FULG. Aunque me mate el pesar,  
si me vuelves á nombrar  
el dote, tomo la puerta.
- COND. (Enternecida y sobresaltada.)  
No, que serán embarazos  
de tu fuga, si á mi fe  
tan mal correspondes...
- FULG. Qué?
- COND. Mis lágrimas y mis brazos!  
(Llora.)
- FULG. María!
- COND. Al ver qué consigo  
lo que nunca merecí,

estoy tan fuera de mí,  
que no sé lo que me digo.  
Cuando en esta alma vacía  
sólo tu prestigio impera;  
y otro que ménos valiera  
tampoco la rendiria;  
y aunque aspire al galardón  
de ser tu feliz esposa,  
creo que á hácerme dichosa  
bastara tu estimación,  
perdona á mi devaneo  
si en algún necio desmán  
me hace incurrir el afán  
de asegurar mi trofeo.

FULG. Basta! Quien mi dicha labra  
no puede intentar mi agravio.

COND. Sin querer manché mi labio  
con tan indigna palabra.  
Ni te diera yo mas boga  
con mi nombre y con mi ajuar  
que la que puedes ganar  
vistiendo la noble toga;  
ni el oro que ya maldigo,  
si te enoja, guardaré.  
Inútil sin ti me fué;  
mira qué será contigo!

FULG. No; guárdale. ¿Quién más digna...  
No se hable más del asunto.

COND. (Enjugándose las lágrimas.)  
Fulgencio!

FULG. Para dar punto  
repitamos la consigna.

(Toma y estrecha la mano de la Condesa.)

«Sin más cuándo ni más cómo...»

COND. (Con amorosa jovialidad.)

Fieles á porfía y tiernos...

FULG. Querámonos... por querernos...

COND. Y seamos... lo que somos.»



ESCENA IV.

La CONDESA. FULGENCIO. LUPERCIO.

- LUP. Vitor!
- COND. Lupercio!
- LUP. ¿Por qué  
soltais al verme las manos  
que amor enlaza, cumpliendo  
mi venturoso presagio?
- FULG. (Dándole la mano.)  
Lupercio, pídemle albricias.  
Soy el más afortunado  
de los hombres.
- COND. (Dándole también la mano.)  
Buen Lupercio,  
felicíteme usted.
- LUP. Bravo!—  
Pronto dará usted, supongo,  
ocupacion al Vicario  
y á la juventud dorada  
que la persigue un mal trago.  
Ya que no puedo aspirar  
á ser padrino de entrambos,  
porque no tengo síndéris  
ni *ropa* yo para tanto;  
pluma en ristre, á celebrar  
el consorcio me preparo  
escribiendo—  
(Á la Condesa aparte.)  
Admire el mundo  
este generoso rasgo  
de abnegacion.—  
Escribiendo,  
si da usted su beneplácito,  
una cáfila ramplona  
de renglones mal rimados,  
que osaré—¿cuándo no han sido  
audaces los póetastros?—  
llamar versos, y al conjunto,  
poético epitalamio.

COND. Tendré mucho gusto en ello.  
FULG. No los haces tú tan malos...  
LUP. Que no los haya peores  
en el moderno Parnaso.—  
Pero el entrañable gozo  
con que union tan bella aplaudo  
me hacía olvidar... Oh mundo!  
Mientras dos seres humanos  
su bienandanza reciproca  
aquí están paladeando,  
(Señala á la casa.)  
allí gime un infeliz  
de desdichas agobiado  
y persecuciones.

COND. ¿Quién?

FULG. Quién es?

LUP. No sé. Un pelagatos  
desconocido y anónimo,  
que así puede ser un vago  
como un grande hombre proscrito  
por virtuoso ó por sabio.  
Que es pobre, lo certifica  
su astroso equipo. Yo, blando  
de corazon, le iba á dar  
seis reales y siete cuartos;  
mas mi modesto subsidio  
rehusa fosco y huraño.—  
«Quiero ver á la Condesa,»  
me dice con voz de mando;—  
«no sé si estará visible»;—  
«vaya usted á averiguarlo».  
La compasion que me inspira  
le liberta de un sopapo.—  
Bien; espere usted, respondo,  
y así pongo fin al diálogo,  
dudando si el individuo  
que me honra con tal mandato  
es un pobre vergonzante  
ó un pobre desvergonzado.

FULG. ¿Quién será...

LUP. Sea quien fuere  
personaje tan aciago,

es ahora intempestiva  
su presencia.

COND. No, al contrario.  
Propensa siempre á hacer bien,  
¿cómo no serlo en tan fausto  
momento? Si á ese infeliz  
demorase yo mi amparo,  
indigna me confesara  
de la ventura que alcanzo.  
Que éntre.

FULG. Nos retirarémós  
nosotros...

COND. No es necesario...

LUP. Ni prudente, que si abriga  
algun designio bastardo...

COND. No es de temer. Yo no tengo  
enemigos... Sí, apartáos;  
mejor será. Ante testigos  
tendria quizá reparo...

FULG. Sí.

COND. Breve será la audiencia.

FULG. Pesearémós entre tanto  
por el jardín...

LUP. (En voz baja á Fulgencio.)

Y estaremos

á la mira por si acaso.

FULG. (Andando hácia el foro.)

Ven.

LUP. Te sigo.

(Acercándose á la puerta.)

Pase usted  
adelante, ciudadano.

(Se vá, siguiendo á Fulgencio. Un momento despues  
aparece D. Bernardo.)

ESCENA V.

La CONDESA. D. BERNARDO.

D. Bernardo, pobremente vestido, aunque con limpieza y sin andrajos, se ha dejado crecer la barba, y en su rostro descolorido y demacrado muestra siniestros indicios de depravacion inveterada. Al principio de esta escena se mantiene á cierta distancia de la Condesa, la cual siente al verle instintiva repugnancia y apenas le mira.

- BERN. Larga ha sido la antesala,  
Señora...
- COND. (Algo turbada.) Yo...
- BERN. No me pasmo...
- COND. (Repulsivo es su semblante.)
- BERN. Soy forastero, y no traigo  
cartas que me recomienden  
ni blasones nobiliarios  
que hagan para mí accesibles  
las puertas de los palacios.
- COND. Harta recomendacion  
para mí es ser desdichado.
- BERN. Así la voz popular  
me lo ha dicho. Sin embargo,  
como usted no me conoce,  
y hay quien vive de petardos  
y estafas... (Qué estoy diciendo?  
Por poco no me delato  
yo propio.)
- COND. (Impaciente.) En fin...
- BERN. No he venido  
á tan miserable estado  
por acciones de que deba  
avergonzarme. Soy náufrago...
- COND. Náufrago!
- BERN. Me explicaré.  
No en el mar Mediterráneo;  
en otro aún más proceloso  
hizo este buque naufragio;  
en el mar de la política.—

- Afiliada en otro bando,  
tal vez no se duela usted,  
señora, de mi quebranto.
- COND. Y por qué no? La política  
está para mí en arábigo.  
Ni eso es propio de mujeres,  
ni cuando un necesitado  
acude á mí le pregunto  
jamás si es tirio ó troyano.
- BERN. Pues bien, ya que usted abriga  
tan dulces y humanitarios  
sentimientos, vá á saber  
mis cuitas...
- COND. No: es excusado...
- AERN. (Yo me guardaré muy mucho  
de espontanearme.) El tiránico  
gobierno que nos subyuga  
me persigue sin descanso  
y sin piedad, porque soy...  
(qué diré?) republicano.
- COND. Vaya por Dios!
- BERN. Contra mí  
fulminó sañudo un auto  
de prision (esto es verdad).  
No bien lo averiguo, salgo  
fugitivo de Madrid;  
por trochas y por atajos  
caminando día y noche  
y día y noche temblando,  
llego á esa playa, y me alberga  
en su techo hospitalario  
un camarada tan pobre  
como yo. ¡Triste y precario  
refugio! Si algun esbirro  
olfatea el contrabando,  
perdidos somos los dos!—  
Pero, por dicha, en el Grao,  
pronto ya á darse á la vela,  
hay un buque americano  
á cuyo bordo podré  
ponerme, señora, en salvo.
- COND. Y bien!...

- BERN. (No he urdido mal  
el cuento.) Pero es el caso  
que no tengo una peseta,  
y cuesta el flete muy caro.
- COND. Bien. Qué necesita usted?
- BERN. Siento molestar...
- COND. Oh! Cuánto?  
Diga usted.
- BERN. (Acercándose un poco.)  
Doscientos duros.
- COND. Bien está. Mi secretario  
se los dará á usted ahora.
- BERN. Tanta bondad... (Mentecato!  
por qué no he pedido más?)  
Gracias. Firmaré un resguardo...
- COND. Es inútil.
- BERN. (Acercándose más.)  
Ah!... Esa cara...  
La voz...
- COND. Qué?...
- BERN. Vivo traslado  
es usted...
- COND. De quién?  
(Mirándole con más atencion.)  
(Oh Dios!  
Juraría...)
- BERN. No me engaño.  
María!
- COND. (Él es!)
- BERN. Prenda amada!
- COND. (Turbada y pesarosa.)  
(Oh rubor!) Yo... ¿Desde cuándo...  
Yo ignoro...
- BERN. No me conoces?  
No conoces ya á Bernardo?  
Tal te veo y tal me ves,  
María, que no lo extraño.  
Yo, sumido en la miseria,  
yo triste y continuo blanco  
de infortunios y pesares,  
vuelvo á ti marchito, pálido...,  
repugnante quizá: tú,



á quien riquezas y lauros  
próspera suerte prodiga,  
no has perdido—qué milagro?,  
ántes con creces ostentas  
tus peregrinos encantos.

COND. No más! En vano á mis ojos  
otra vez el ángel malo  
se aparece que de oprobio  
cubrió y duelo y lloro amargo  
mi adolescencia. Aquel día  
en que, haciendo usted escarnio  
de falaces juramentos,  
se rompió el odioso lazo  
que á un monstruo me esclavizaba,  
fué más feliz que nefasto  
para mí. Dios inspiró  
á mi corazón llagado  
la resignación cristiana  
que le ofrecí en holocausto,  
y de mi apagada fe  
revivió el luciente faro  
que por siempre me apartó  
de la senda del pecado.

BERN. Culpable fuí, lo confieso,  
pero ¡cuán terrible el pago  
de mi perfidia! (Apelemos  
al alto estilo romántico.)  
Desde entónces—ay! gemí  
bajo el influjo de un astro  
maligno. Penas sin cuento,  
privaciones, sobresaltos,  
remordimientos atroces  
mi existencia funestaron.  
Ausente de ti, ignoraba  
tu paradero, y en vano,  
cual otro judío errante,  
vagaba un año y otro año  
ansiado el feliz momento  
de estrecharte entre mis brazos.

(Lo intenta y al oír la exclamación imperiosa y des-  
preciativa de la Condesa se detiene.)

COND. Atras!

**BERN.** Cuando no el amor  
en que de nuevo me inflamo,  
el honor me mandaria  
pagar la deuda...

**COND.** Malvado!  
Págasela á Dios; no á mí,  
que nada de ti reclamo  
ni he menester.

(Aparecen Fulgencio y Lupercio por entre los árboles.)

## ESCENA VI.

LA CONDESA. D. BERNARDO. FULGENCIO. LUPERCIO.

**BERN.** Qué! ¿rehusas  
el único arbitrio humano  
con que puedes recobrar  
la honra...

**FULG.** (En voz baja.) Qué es esto?

**LUP.** Oigamos.

**COND.** ¡De honra me habla el burlador  
de la mia! ¡el desalmado  
que nunca la ha conocido!  
Si ya vínculo más santo  
mi nombre, que tú infamaste,  
no hubiera rehabilitado,  
sabria expiar mi culpa  
en la soledad de un claustro,  
ó arrostrar todo linaje  
de angustias y de trabajos;  
todo ménos el suplicio  
de unir mi mano á tu mano.

**FULG.** (Oh cielo!)

**BERN.** Un dia el amor...

**COND.** Oh! no profane tu labio  
tan dulce nombre. ¡Maldita  
fuí de Dios, cuando el incauto  
corazon no defendí  
de tus pérfidos halagos.

**BERN.** Pues bien, señora, si ya  
no me es lícito invocarlo,

sin duda porque tan alta  
se vé usted y yo tan bajo,  
capitulemos.

COND. ¿Qué escucho!

FULG. (En voz baja.)

Lupercio!

LUP. Espera!

BERN. Para algo  
me ha traído aquí el destino,  
María. Depositario  
de un secreto que esconder  
bajo una losa de mármol  
quisieras, fuerza será  
que tu oro ponga un candado  
á mi boca, ó sabrá el mundo...

COND. Cesa! Tan inmundo tráfico  
desprecio como al prótervo  
que con cínico descaro  
me lo prepone. Comprar  
yo tu silencio! Oh! Si un rastro  
de vergüenza conservaras,  
tú deberías llorando  
implorar el mio. ¿Quién  
si osaras dar tal escándalo  
perdiera más? Yo, que nunca  
me he cubierto con el manto  
de la torpe hipocresía,  
ó tú, sumido en el fango  
de los vicios..., de los crímenes?  
¡Tú, cuyo solo contacto  
empañaría el honor  
más puro y acrisolado!  
Habla! Yo hablaré también,  
si provocas temerario  
mi saña. Ya el Juez Supremo  
me ha absuelto y te ha condenado,  
y de la humana justicia  
no esperes, vil, otro fallo.

BERN. Lo sé, mas ya que me veo  
perdido y desesperado,  
yo apelaré á un tribunal  
que no suele ser tan manso;

á la pública opinion.  
Si ahora no temes sus dardos  
porque te engrien y ofuscan  
los humos aristocráticos;  
si todavía deslumbras  
al mundo con tu boato,  
sin duda es porque hasta hoy  
no ha sido sabroso pasto  
de las lenguas maldicientes  
tu historia.

COND.

(Ah!)

BERN.

Yo, yo me encargo  
de darla á luz; y lo haré  
con notas y comentarios;  
y caerás del pedestal  
que usurpas...

COND.

(Gran Dios!...)

FULG.

(Saliendo de improviso. Lupercio le sigue.)  
Villano!

COND.

Fulgencio! (Triste de mí!)

BERN.

¿Quién...

FULG.

- Yo ese infame conato  
sabré impedir.

BERN.

Usted! Cómo!

FULG.

La aleve diestra cortando  
capaz de tanta vileza.

COND.

Ese hombre... Dios soberano!—  
Yo...

BERN.

¿Quién es el insolente  
que se atreve...

FULG.

Un hombre honrado,  
que de cruzar se avergüenza  
su palabra...

LUP.

(Esto vá malo!)

FULG.

Con ente tan despreciable.

COND.

(Sumamente conmovida.)

Ah!...

FULG.

Bien sé que me degrado  
en castigar por mí mismo  
tan grosero desacato;  
que para quien es usted  
basta el último lacayo

de esta señora...

COND. Fulgencio!

FULG. Pero lo tomo á mi cargo  
porque no presuma usted  
que en cobardía le igualo.

BERN. Cobarde yo!...

COND. (Á punto de desmayarse. Lupercio que lo observa, se  
acerca á ella.)

¡Por piedad...

BERN. Sígame usted, y en el campo  
le probaré...

COND. Ah!... Yo fallezco.

(Se desmaya en brazos de Lupercio que acude á so-  
correrla.)

LUP. Condesa! Oh! Dios mio!—Bárbaro!—  
—Mátale!

FULG. Sí haré.

LUP. (Gritando.) Socorro!

BERN. Vamos! De ira me abraso.

FULG. (En voz baja.)

No quedará sin venganza,  
yo te lo juro, su agravio;  
mas despues de tal escena  
¿cómo mi amor y mi tálamo  
ofrecerla?

LUP. (Á un lacayo y á una doncella que llegan apresura-  
dos.)

Aquí! Ayudadme!

(Ayudan los criados á sostener á la Condesa.)

FULG. En voz baja.)

Cuando vuelva del desmayo,  
veámonos...

LUP. Sí.

BERN. Acabemos!

LUP. ¿Dónde...

FULG. En el muelle te aguardo.

BERN. (Si muero, viaje redondo!)

FULG. (Contemplando á la Condesa.)

(Desdichada!...)

BERN. Vamos!

FULG. Vamos!

## ESCENA VII.

LUPERCIO. La CONDESA desmayada. Los CRIADOS.

(Pobre señora!)—No vuelve...  
Sentémosla en este banco.

(Lo hacen.)

(Qué fatalidad!)

(Á la doncella.)

Dale aire...

(La doncella abanica á la Condesa.)

LUP. (Al criado.)

Corre tú á traer volando  
esencias..., agua... ¡Que llamen  
al médico, al cirujano...

(Entra corriendo el lacayo en la casa.)

Condesa!... Oh Dios!... No respira...

¡Hombre funesto! Algun trasco  
enemigo de Fulgencio,  
de ella y de mí nos le trajo.  
¡Maldígale Dios, amén,  
y cargue con su alma el diablo.

FIM DEL ACTO SEGUNDO.



---

## ACTO TERCERO.

---

Interior de la alquería de D. Alfonso. Sala amueblada con gusto, aunque sin riqueza. La puerta que da al zaguan, á la derecha del actor; otra á la izquierda; otra en el foro.

### ESCENA PRIMERA.

FULGENCIO. D. ALFONSO.

Fulgencio aparece sentado en una butaca: le cubre una bata ligera y apoya el brazo derecho en un pañuelo negro pendiente del cuello. D. Alfonso ocupa una silla al lado de su hijo.

ALF. Ya convaleciente? Oh dicha!  
Es cirujano muy hábil  
Don Vicente.

FULG. Sí; muy pronto  
podré quitarme el vendaje.

ALF. Así me lo ha asegurado.  
Salía de visitarte  
cuando entraba yo.

FULG. La herida,  
por fortuna, no era grave.

ALF. Es cierto; pero la fiebre...,  
la pérdida de la sangre...  
Cuánta ha sido mi zozobra!

FULG. Era natural en padre

tan bondadoso.

ALF. En diez días  
áun no cumplidos ¡curarte...  
FULG. Tanto, que, según me ha dicho,  
podré salir á la calle  
muy en breve.

ALF. Y sin temor  
de que te moleste nadie.  
Tranquilo puedes estar.  
De aquel malhadado lance  
no hay otra prueba, otro indicio—  
así lo afirma el alcalde—  
que haberse hallado en la playa  
el insepulto cadáver

de un hombre desconocido.  
Ni nadie se muestra parte,  
ni de nadie se sospecha.  
FULG. Qué mucho? El fatal combate,  
en el cual fué mi adversario  
tan valiente, como infame  
cuando dió lugar á él,  
se verificó, ya casi  
de noche, en una hondonada  
muy solitaria y distante  
de la población. Lupercio,  
que proporcionó los sables,  
fué nuestro único testigo,  
y ni puede denunciarme  
sin riesgo propio, ni en él  
tanta villanía cabe.

ALF. Ya muy cerrada la noche  
á la alquería llegasteis...

FULG. Y, guiado por Lupercio,  
que, previendo algun desastre,  
en todo obró con cautela,  
nos trajo el mismo carruaje  
que nos llevó en hora aciaga  
al lugar de la catástrofe.

ALF. No te pida cuenta Dios  
de las angustias mortales  
que en aquella horrible noche  
á mí y á Leonor causaste.

Y por qué, oh Dios! No hay ejemplo  
de trastada semejante.  
Por un amor insensato,  
por un quijotesco alarde  
de hidalguía...

FULG.

Del amor,  
si tal nombre puede darse  
á un vértigo, combatido  
por mi razon ahora y ántes,  
harto curado estoy ya;  
mas, sin los fueros de amante,  
bastaba ser bien nacido  
para vengar el ultraje  
inferido á una señora  
de prendas tan relevantes  
por un bandido procaz.—  
Ya en eterno sueño yace;  
respetemos su memoria  
y Dios de su alma se apiade;  
mas si en presencia de usted,  
que blasona de linaje  
noble, limpio, y nuevo lustre  
le dió en la escuela de Marte,  
se hubiera visto insultada,  
no ya una dama adorable  
por su bondad, su hermosura,  
su excelsa virtud; ¡que en balde  
osó denigrarla el mismo  
de cuyas pérfidas artes  
fué víctima; no la propia  
á quien amor y hospedaje  
hubiera usted merecido,  
sino la más miserable  
y más plebeya mujer,  
¿qué hubiera usted hecho, padre?

ALF.

Lo que tú.—Pero olvidemos  
suceso tan lamentable,  
y bendigamos á Dios  
que por tal senda te trae,  
pobre oveja descarriada,  
al redil que abandonaste.  
No hay mal que por bien no venga.

De escarmiento saludable  
te servirá lo pasado,  
y mis lisonjeros planes,  
que iba á burlar tu demencia,  
se realizarán.

FULG. ¿Qué... Cuáles?

ALF. ¿Cómo no los adivina  
tu corazón?

FULG. Yo...

ALF. Casarte  
con Leonor.

FULG. Ay padre mio!

Sería tan grato enlace  
mi mayor felicidad;  
mas ¿cómo el que ciego y frágil  
á otra ménos digna que ella  
osó rendir homenaje  
ha de aspirar...

ALF. Por qué no?

Si un momento claudicaste,  
porque te hechizó esa Circe  
con sus halagós falaces,  
no es de tal aberracion  
tu corazón responsable...

FULG. Tal vez...

ALF. Y ya me parece  
que la has purgado bastante.

FULG. Bien arrepentido estoy  
de mi desliz, Dios lo sabe;  
mas se opone á mi deseo  
otro obstáculo más grande.

ALF. Cuál? ¿Quién...

FULG. No me ama Leonor.

ALF. Ahora con eso me sales?  
Quizá esté algo resentida  
de haber sufrido un desaire  
que no merecia; pero...

FULG. Yo pasé por ese trance  
primero que ella.

ALF. ¿Qué dices!

FULG. Como si ya presagiase  
que mi locura tendria

tan infausto desenlace,  
venía yo de Valencia  
caviloso, vacilante...  
Por la Condesa invitado,  
ántes que á su puerta llame,  
secreto impulso me mueve  
á saludar mis hogares.  
Viendo, al penetrar en ellos,  
de Leonor la pura imágen,  
«esta es la dulce consorte,  
dijo mi razon triunfante,  
que Dios me guarda. Ya unidos  
con vínculos fraternales,  
¡qué dicha para los dos  
cuando el altar los consagre!  
Quizá á mi padre, á ella propia  
tan grata idea complace,  
y en mí el frustrarla sería  
una culpa imperdonable.»—  
Así inspirado...

ALF.

¿Pediste  
su blanca mano...

FULG.

Al instante;  
pero ella me la negó.

ALF.

Comprendo... Y sin más exámen,  
te fuiste á la quinta en busca  
de consuelos... y contrastes.

FULG.

Qué habia de hacer? Aquí  
desdenes, allí bondades...

ALF.

Desdenes bien merecidos.  
Si no fueses un orate,  
bien se te hubiera alcanzado  
que ya no estaba ignorante  
Leonor de tu desvarío,  
y que su decoro, el áspid  
de los celos...

FULG.

No. Sin ira,  
sin alterar su semblante  
rechazó mi humilde ruego,  
y cuando me oyó quejarme  
de que para otro tal vez  
no era tan inexorable,

no me desmintió.

ALF. (Se levanta, y también Fulgencio.)  
¿Qué escucho!  
No, no es creible. Si de alguién  
que no fueses tú se hubiera  
prendado, ella, que es un ángel,  
no me lo hubiera ocultado.  
Hija de tan buena madre,  
hija de mi digno amigo,  
que en paz eterna descanse,  
pupila mía... Imposible!  
Ni ojos para otros galanes  
puede tener la que sólo  
funda su orgullo en mirarte.  
(Llamando.)

Leonor!—No, no puede ser.

FULG. ¡Señor...

ALF. Quiero que se aclare  
todo, quiero convencerte  
de que eres un botarate.  
(Llega Leonor por la puerta de la derecha.)

## ESCENA II.

D. ALFONSO. FULGENCIO. LEONOR.

ALF. Ven. Tu candor me es notorio,  
como á ti mi autoridad.  
Jura á Dios decir verdad  
y oye mi interrogatorio.  
¿Es cierto que te pidió  
Fulgencio mano de esposa?

LEONOR. Sí.

ALF. ¿Es cierto que desdeñosa  
respondiste con un nó?

LEONOR. Distingo.

ALF. Oiga! ¿Tú tambien...  
dialéctica... Explicame eso.

LEONOR. Cierto fué el nó, lo confieso,  
pero no lo fué el desden.

ALF. ¿Podré saber el motivo  
de esa negativa extraña?



LEONOR. Saber que había en campaña  
dama de más atractivo.

ALF. Has oído?—¿Y su perfidia  
castigar quisiste así?

LEONOR. Sí, mas no en él, sino en mí.

ALF. ¿Tuviste celos...

LEONOR. No; envidia.

FULG. Oh! á quién puedes tú envidiar?  
¿Á quién...

LEONOR. Yo me explicaré.

No entibió mi ardiente fe

envidia baja y vulgar.

Riquezas que yo no acopio,

ni su título condal,

no envidié yo en mi rival,

sino su mérito propio.

Vi que á su pródiga estrella,

para embellecer tus horas,

tantas dotes seductoras

plugo acumular en ella.

Vi que yerto pundonor

te trajo sólo á mi puerta,

teniendo la suya abierta

por la mano del amor;

y como siempre anhelé

tu dicha más que la mia,

y ella el lauro se ceñía

que á mí negado me fué,

he aquí por qué, en mi humildad,

pude, admirando su gracia,

bendecirla sin falacia

y envidiarla sin ruindad.

ALF. Oh celestial criatura!

FULG. Maldigo mi error funesto!

Fué tu desvío...

LEONOR. Supuesto.

FULG. Tu amor á otro...

LEONOR. Impostura.

ALF. ¡Contra ella propia conspira

cuando desamada gime!

FULG. Quién vió virtud más sublime?

ALF. Ni más heróica mentira?

LEONOR. Ay! ¡Cómo mi turbacion!  
no le dijo que mentia  
y en mil pedazos sentia  
partírseme el corazon!

ALF. Goza ahora el digno premio...

FULG. ¡Me habia dejado Dios  
de su mano!

ALF. Ahora á los dos  
acoge en su santo gremio.

(Á Leonor.)

La pasada tempestad  
ya en favor tuyo resuelve  
el árduo problema y vuelve  
sus fueros á la verdad.

Ya su amor no te disputa  
rival plebeya ni hidalga.

Ya no hay condesa que valga  
y aquí eres reina absoluta.—

Peró ántes que dulces lazos  
den paz y gloria á los tres,

(Á Fulgencio.)

póstrate humilde á sus piés.

(Vá á hacerlo Fulgencio, y Leonor le detiene abra-  
zándole.)

LEONOR. No! Más cerca están mis brazos.

ALF. Bien! Justo es que le consueles...

(Poniéndose en medio.)

Ahora á mí los dos.

(Le abrazan Leonor y Fulgencio.)

Qué grupo!

FULG. Oh padre!

LEONOR. Señor!

ALF. No supo  
pintarle mejor Apéles.—

Ahora yo mando y exijo  
que, á fuer de novios en cierne,  
abrevieis cuanto concierne  
al congugal regocijo.

Con los brios de un muchacho  
me siento ya, y si pudiera,  
segunda edficion hiciera  
de las bodas de Camacho.

- FULG. No ha menester tanto apresto  
un amor tan acendrado.
- ALF. Bien. Los dos á vuestro grado  
arreglad el presupuesto.  
Ya entrado en convalecencia,  
puedes con tu serafin  
dar una vuelta al jardin  
miéntras yo escribo á Valencia.
- LEONOR. Sí. Bendito sea Dios!  
(Leonor y Fulgencio dan un paso hácia el foro.)
- ALF. Niño! El brazo á tu señora!  
(Le ofrece Fulgencio á Leonor para que se apoye en él, y Leonor invierte la colocacion.)
- LEONOR. No! yo soy tu apoyo ahora.
- ALF. Y el de mi vejez los dos.  
(Desaparecen Leonor y Fulgencio por la puerta del foro.)

### ESCENA III.

D. ALFONSO.

Por fin mis votos se cumplen.  
Mas ¿cómo, cuando tan cerca  
tenia de sí Fulgencio  
esa inestimable perla,  
pudo caer en la red  
de una astuta aventurera;  
que tal concepto me debe  
por mucho que él encarezca  
sus hidalgos sentimientos  
y sus distinguidas prendas?  
Tal vez, aunque gravemente  
la acusan las apariencias,  
más digna de compasion  
que de vituperio sea;  
mas lo que vale mi niña  
me dice larga experiencia,  
y de la Condesa insigne  
¿qué sé? Una ruidosa escena  
que costó la vida á un hombre  
y en peligro de perderla

:

puso á mi hijo. ¡Ahí es nada  
lo que vá de nuera á nuera!

### ESCENA IV.

D. ALFONSO. LUPERCIO.

LUP. (Á la puerta de la derecha.)  
Da usted permiso?

ALF. Adelante.

(Entra Lupercio.)  
No hay en mi casa etiquetas  
para don Lupercio.

LUP. Gracias;  
Pero no pido yo vénia  
para mí solo.

ALF. Pues ¿quién...

LUP. Mi señora la Condesa  
de Fonsalubre...

ALF. Ella! Extraño  
que á visitarnos se atreva...

LUP. Chist! Por Dios, que lo está oyendo!

ALF. Es demasiada imprudencia,  
por no decir otra cosa...

### ESCENA V.

D. ALFONSO. LUPERCIO. La CONDESA.

COND. Por no decir desvergüenza:  
no es verdad?

ALF. Señora... Yo...

COND. Qué delito ó qué vileza  
he cometido que me hagan  
merecer tan dura afrenta?

ALF. No soy juez ni acusador  
de usted. Mas si su conciencia  
de nada la arguye, al ménos  
aquí de la mala estrella  
en que sin duda nació  
se ha llorado la influencia.  
¿Cómo he de ver á mi lado,

sin que el rostro se me encienda  
á quien infausta ocasion  
fué de la horrible tragedia  
que de una familia honrada  
vino á amargar la existencia?

LUP. Ella no la provocó,  
sino la índole aviesa  
del hombre desatentado  
de cuya atroz insolencia  
fué ley de honor en Fulgencio  
tomar venganza sangrienta.

ALF. Con sangre en fin está escrita  
aventura tan funesta,  
y la de aquel infeliz  
no tiñó sólo la arena,  
sino la mia tambien.

COND. Ay! porque no se vertiera  
una gota de esa sangre  
generosa en mi defensa,  
hubiera yo derramado  
toda la que hay en mis venas.

¿Y debía yo mirar  
con glacial indiferencia  
tan deplorable suceso?

¿Y para quién que no tenga  
helado su corazon

no es, señor, sagrada deuda  
la gratitud? Aunque pese  
no merecido anatema

sobre mi frente, debía  
pedir á Dios con acerbos  
lágrimas y ardientes ruegos

que una vida por mí expuesta  
conservase; y cuando tanto  
su curacion me consuela,

tengo derecho, señor,  
como cristiana siquiera!,  
para darle el parabien

que á un extraño no se niega.

ALF. Señora... (Me ha conmovido.)  
ni tan sentidas querellas  
debo yo extrañar, ni en mi alma

villano rencor se alberga.  
Tal vez el amor de padre,  
que está sujeto á flaquezas  
como todos, me ha ofuscado;  
pero despues de una prueba  
tan cruel, no es decoroso  
ni permite la prudencia  
que haya íntimas relaciones  
entre usted y yo, Condesa.  
Si con obtener mi aprecio  
no queda usted satisfecha,  
y de dulces esperanzas  
todavía se alimenta  
que Dios no quiere cumplir,  
lo sentiré muy de véras.  
De los ojos de Fulgencio  
cayó por siempre la venda  
que los ha cegado, y pronto  
la bendicion de la iglesia  
le uniré...

COND. Con su pupila  
de usted.

LUP. (Adios mi estrategia!)

ALF. Sí, Leonor...

COND. Sea mil veces  
y otras mil en hora buena.

ALF. ¡Cómo!...

COND. Señor Don Alfonso,  
sin pesar y sin sorpresa  
lo digo; que el alma ya  
me presagiaba esa nueva.

ALF. ¿Será posible, Señora,  
que usted con frente serena  
vea en la de otra mujer  
brillar la nupcial diadema  
que anhelaba...

COND. ¿Por qué no,  
si Dios y el amor lo ordenan,  
y el bien parecer lo exige,  
y la razon lo aconseja?  
¿Quién más que yo hace justicia  
á la virginal modestia



y á la gracia singular  
de esa jóven hechicera?  
Sin que oyese yo en los labios  
de Fulgencio la protesta  
de que ni él ni ella pensaban  
en los lazos que hoy estrechan,  
no hubiera arrostrado yo  
tan temible competencia.

ALF. (Ap. con Lupercio.)

Tanta abnegacion me asombra.

LUP. Oh! en su alma está la nobleza  
más que en su título.

COND. Acaso

pensará usted que me fuerza  
la triste necesidad  
á hablarle de esta manera,  
mintiendo humildad estóica  
mi reprimida soberbia.

No! Desde que ví á Fulgencio,  
toda mi alma sin reserva  
fué suya...

(Sollozando.) ¡Y lo es todavía  
aunque á mis piés no le veal—

Mas de mi tierno cariño  
no ha empañado la pureza  
sensual delirio. Amaestrada  
desde muy niña en la escuela  
del dolor y el infortunio,  
en más elevada esfera  
más alto timbre anhelaba,  
y aunque á mí no me la deba,  
bendeciré la ventura  
que en brazos de otra le espera.

ALF. Mujer admirable! ¿á quién  
no persuade esa elocuencia  
nacida del corazon?

¿Quién le tendrá tan de piedra  
que, viendo á tus bellos ojos  
llorar así, no te absuelva?—  
Qué digo absolverte? No:  
donde no hay culpa no hay pena.

COND. Ay! sí; que si puedo ahora

protestar de mi inocencia,  
no siempre de la virtud  
seguí yo la áspera senda,  
y no me es dado aceptar  
tan generosa indulgencia  
sin que juzgue usted primero  
si puedo ó no merecerla.

ALF. No; á mí me basta...

COND. Á mí no.

Aunque por villana lengua  
proferido, es harto grave,  
señor, el cargo que pesa  
sobre mí, para que yo  
pueda excusar la sincera  
confesion que ruego á usted  
oiga con benevolencia.

ALF. Señora...

COND. (Á Lupercio, que se retiraba.)

¿Por qué alejarse,  
Lupercio? Cuando resuelta  
quiero que á la absolucion  
preceda la penitencia,  
qué importa un testigo más?  
Antes serlo usted me alienta,  
usted mi probado amigo...  
y el único que me resta!

LUP. Ah! sí, yo juro...

COND. Quince años,

Señor, tenía yo apénas  
cuando con blandas lisonjas  
y con mentidas promesas,  
un hombre en hora menguada  
cautivó mi alma inexperta.  
Entre su padre y el mío  
habia habido reyertas,  
pleitos... Sea esta la causa  
ó que mayor conveniencia  
viese el mío en otra boda  
que de mi gusto no era,  
al que preferia yo  
cerró con ira la puerta.  
Así, en lugar de entibiarse,

cobró—ay de mí! mas violencia  
mi mal nacida pasión,  
y tanto, que ilusa, ciega,  
me dejé robar..

ALF. Oh cielos!

¿Tu nombre, tu residencia ..

COND. María Monfort.

ALF. Ah! sí,

ella es!

COND. Nací en Orihuela..

ALF. Ella, sí!

COND. Qué! ¿usted sabía...

ALF. Sí. Prosigue. (Oh Providencia!)

COND. Ay Dios! Como una de tantas

heroínas de novela,

con una carta ridícula

creí subsanar mi mengua.

Siguiendo al vil seductor

viajé á Alicante, á Valencia,

á París. . . ¡Y nunca el día

llegaba de que cumpliera

su palabra! ¡Y fruto amargo

fué de mi locura extrema

el desprecio del amante

tras la maldición paterna.

ALF. Pobre María!

COND. Los vicios

á que se entregó sin rienda,

pronto en odio convirtieron

aquella culpable y necia

pasión; ¡mas yo no podía

romper la infame cadena

que á mi pesar arrastraba!—

Abrumado, en fin, de deudas...,

quizá de remordimientos,

«libre soy, libre te quedas,

me dijo. Mientras yo busco

mejor fortuna en Brusélas,

jóven y hermosa, tú aquí,

si te espanta la miseria,

puedes reírte del mundo

y dar envidia á las reinas.»

LUP. Malvado!  
COND. Á tal abandono  
y á tan bárbara blasfemia  
creí no sobrevivir;  
mas Dios me dió fortaleza  
para sufrir resignada  
la merecida sentencia  
de mi negra culpa.—Áun pudo  
admitir ricas ofrendas  
este ídolo derrocado;  
mas, vistiendo tosca jerga,  
de San Vicente de Paul  
ser preferí humilde sierva.  
Dios probó mi noviciado  
con una horrible epidemia.  
De hospital en hospital  
mil riesgos arrostré en ella,  
y por la gracia divina  
salí de todos ilesa.

LUP. Noble amiga!  
ALF. Dios es grande.  
COND. Áun de su bondad inmensa  
me dió otra prueba mayor.  
Mi activa beneficencia  
tal fama llegó á cobrar,  
que no hubo enfermo ni enferma  
en París que no quisiese  
tenerme á su cabecera.  
Llegó el turno, cuando ya  
iba el mal en decadencia,  
á un comerciante español.  
Creía su hora postrera  
llegada ya, y cuando libre  
se vió de la fiebre horrenda,  
se obstinó en que sólo á mí,  
no al médico y sus recetas,  
no á su buena complexion,  
debió la convalecencia;  
y á mi mano atribuyendo  
virtudes de panacea,  
me la pidió enamorado.  
Rehusé con todas mis fuerzas

tanta honra, y le referí  
mi historia; y con esta ingenua  
confesion mia, muy léjos  
de desistir de su idea,  
por piedad ó por amor  
más y más se aferró en ella.

Viendo yo comprometida  
con mi tenaz resistencia  
su salud mal recobrada,  
aunque con la edad propecta  
frisaba, y yo de la mia  
estaba en la primavera,  
vencida, al fin, de sus ruegos,  
acepté la noble oferta  
que al seno me devolvía,  
en premio de mi paciencia,  
de la humana sociedad,  
¡tan justamente severa  
con la mujer desdichada  
que sus fueros atropella!

ALF.

Severa, sí, y aún cruel  
con la que en llanto y pobreza  
yace abismada; indulgente  
por demas y placentera  
con la que en trenes lujosos  
laureado su vicio ostenta.  
Si de tus gracias, como otras,  
hubieras hecho almoneda;  
y la mercancía vil  
con su pabellon cubriera  
algun arrogante Creso;  
y con vistosas libreas  
cien lacayos te sirviesen;  
y á la insaciable caterva  
de parásitos serviles;  
hoy con opipara mesa  
brindáras, con un gran baile  
mañana en salas espléndidas,  
modelo te llamarian  
del donaire, archiprincesa  
de la moda; y no esquiváran  
los que á la fortuna inciensan

- á tu tocador visitas  
ó á tu antesala tarjetas;  
y cien lentes á la par  
devoráran tu platea;  
y á porfia cien ginetes  
rodeáran tu carretela;  
y nadie se cuidaria  
de saber tu procedencia.
- COND. Ay, señor!  
(Se echa en los brazos de D. Alfonso.)
- LUP. Soy un idiota,  
ó la mujer fuerte es esta  
de quien dice la Escritura  
que se busca y no se encuentra.
- COND. Justo era obtener primero  
el perdón y la licencia  
de mis padres, y esperando  
que en mi favor interceda,  
al Cura de mi parroquia  
me dirijo... Ay! su respuesta  
fué lacónica y amarga.  
La carta me fué devuelta,  
y con mi fe de bautismo,  
bajo la misma cubierta,  
dos de defuncion... Ay triste!
- ALF. Quizá la propia dolencia  
que arrostraste tú con tanto  
denuedo á orilla del Sena,  
á tu padre y á tu madre  
abrió en un día la huesa.  
Mas sírvate de consuelo,  
si tan dolorosa pérdida  
lo consiente, que tu padre  
pronunció en la hora suprema  
tu perdón.
- COND. Oh Dios piadoso!—  
¿Y... mi madre...
- ALF. Oh! no la ofendas  
con dudarle: era una santa,  
y cuando santa no fuera,  
las madres siempre perdonan!
- COND. Madre mia!...



ALF. En fin—abrevia—  
te casaste con el Conde...

OND. Todavía no lo era.  
Orillados sus negocios,  
conmigo se hizo á la vela  
para Cuba;—era su patria.  
Feliz en cuantas empresas  
acomete, su caudal  
con rapidez se acrecienta;  
y su bondad era tanta,  
que á mi virtud, no á su ciencia,  
creyó deber su pasmosa,  
prosperidad.—Mi tristeza  
profunda logró calmar  
consagrándose sin tregua  
á prevenir mis deseos,  
colmándome de finezas  
y adoraciones.—Duró  
sólo diez años aquella  
dulce y venturosa union,  
cuyo recuerdo venera  
y bendice mi alma.

ALF. Es justo.

COND. En melancólica inercia  
sumida despues, la vida  
me era ya carga molesta,  
cuando á nueva y más cruel  
expiacion me condena  
un vano sueño... Ah! ¿qué son  
los blasones, las riquezas  
que tantas me envidiarán?  
¡Yo en la última indigencia  
preferiria vivir,  
si al ménos la suerte adversa  
todas tus fuentes de amor,  
próvida Naturaleza,  
no me hubiese ya cegado!  
Pobre de mí! ¿qué me queda,  
rotos ya todos los vínculos  
que me unian á la tierra?

ALF. No, María; todos no.  
La inagotable clemencia

de Dios goces no esperados  
á tu fe, á tu amor reserva.

COND.

¡Cómo...

LUP.

(¿Qué será...)

ALF.

(Llamando desde el foro.)

Leonor!

Fulgencio!—Venid apriesa.

## ESCENA ÚLTIMA.

La CONDESA. D. ALFONSO. LUPERCIO. LEONOR. FULGEN-  
CIO.

LEONOR. Ella!

FULG.

Ah! }

ALF.

Y con suma alegría  
la recibo: no te admires.

FULG.

¡Cómo...

ALF.

Oídme.

(Á Leonor.)

No la mires  
de reojo tú, hija mia.

LEONOR.

Yo...

ALF.

(Á Fulgencio.)

El que ejerció sobre ti  
no era prestigio siniestro,  
no. Para su bien y el nuestro  
Dios la ha conducido aquí.

(Á la Condesa.)

Dios, que en dura adversidad  
tu virtud acrisoló,  
no te ha condenado, no,  
á perpetua soledad.

No para ti el cielo santo  
ha cegado vengador  
todas las fuentes de amor,  
sino todas las de llanto.—

Cuando léjos de tu padre  
te llevó fatal deslíz,  
no sabías tú, infeliz,...

que estaba en cinta tu madre!

COND.

(Grito indefinible.)

- Ah!
- LEONOR. Gran Dios!...
- LUP. Qué oigo!
- FULG. María!
- ALF. Y el fruto de bendicion  
que consoló su afliccion  
fué...
- COND. Leonor!
- (Corren las dos, una en brazos de otra.)
- LEONOR. Sí!
- COND. Hermana mia!
- ALF. (Á Leonor.)  
Sí, esta es tu llorada hermana,  
que al fin viene á honrar mi techo,  
y en cuya busca hemos hecho  
tanta diligencia vana.
- COND. (Queriendo arrdillarse.)  
¿Cómo á tus piés no me humillo,  
en vez de...
- LEONOR. (Apretándola en sus brazos.)  
No; aquí en mi seno,  
que al verte en él ¡me enajeno!
- LUP. Yo lloro como un chiquillo.
- FULG. (Á la Condesa.)  
Yo soy, yo, quien tu perdon  
implorar debo postrado...
- COND. (Deteniéndole.)  
Qué! no hay todavía un lado  
para mí en tu corazon?  
Nuestra mutua simpatía  
misterio ha sido de Dios,  
y amar puedes á las dos;  
sin mengua tuya ni mia:  
á ella porque no hay mujer  
más digna de amor; á mí  
porque su hermana nací...  
y su madre puedo ser.
- LEONOR. Mi madre! Oh! no digas tal.  
Á tu gala y discrecion  
yo rendí mi pabellon  
áun creyéndote rival.
- COND. Y yo, porque obraba en mi alma

- oculto presentimiento,  
tenía remordimiento  
de disputarte la palma.
- ALF. Y vuestra rivalidad,  
que el cielo premia y sublima,  
ha sido incesante esgrima  
de nobleza y lealtad.  
(Abrazando y besando á Leonor.)
- COND. Deja que otra vez te bese,  
espejo de la pureza,  
y en tu celeste belleza  
extática me embelese.  
(Á Fulgencio, dándole la mano.)  
Tú mi fe pura y sincera  
recibe...
- ALF. En tus brazos!
- FULG. (Abrazándola.) Sí!
- COND. No hay ya levadura en mí;  
que ese ángel me regenera.
- LUP. (Á D. Alfonso.)  
La oye usted?
- ALF. Es peregrina!
- COND. Mientras yo ensalzo y bendigo,  
porque tanto bien consigo,  
la Providencia Divina,  
gozad dichosos, gozad  
el terreno paraíso  
de que desterraros quiso  
mi halagüeña ceguedad.
- FULG. Ah! no...
- LUP. (Con cómica compuncion.)  
Yo la sierpe fui  
que...
- COND. Dios, más padre que juez,  
le ha abierto segunda vez  
para ellos y para mí.

FIN DE LA COMEDIA.

*Habiendo examinado esta comedia, no tengo inconveniente en que su representacion sea autorizada.*

*Madrid 9 de Diciembre de 1862.*

El censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

79.  
ent  
in 2



Marta y María.  
Madrid en 1818.  
Madrid a vista de pájaro.  
Miel sobre hojuelas.

Negro y Blanco.  
Ninguno se entiendo, ó un hom-  
bre tímido.  
Nobleza contra nobleza.  
No es todo oro lo que reluce.

Olimpia.

Propósito de enmienda.  
Pescar á rio revuelto.  
Por ella y por él.  
Para heridas las de honor, ó el  
desagravio del Cid.  
Por la puerta del jardín.  
Poderoso caballero es D. Dinevo.  
Pecados veniales.  
Premio y castigo, ó la conquista  
de Ronda.

¡Que convido al Coronell...  
Quiero mucho abarcar.  
    suerte la mía!  
    en es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.  
Rival y amigo.

Su imagen.  
Se salvó el honor.  
Sauto y peana.  
San Isidro (*Patron de Madrid.*)  
Sueños de amor y ambicion.  
Sin prueba plena  
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos  
Traidor, inconfeso y máá ir.  
Trabajar por cuenta ajena  
Todos unos.

Un amor á la moda.  
Una conjuracion fementida  
Un domine como hay p  
Un pollito en calzas pri  
Un buespel del otro mu  
Una venganza leal.  
Una coincidencia alfabética.  
Una noche en blanco

Uno de tantos.  
Un marido en suerte.  
Una leccion reservada.  
Un marido sustituto.  
Una equivocaciou.  
Un retrato á quemarropa.  
¡Un Tiberial!  
Un lobo y una raposa.  
Una renta vitalicia.  
Una llave y un sombrero.  
Una mentira inocente.  
Una mujer misteriosa.  
Una leccion de córte  
Una falta.  
Un paje y un caballero.  
Un si y un no.  
Una lágrima y un beso.  
Una leccion de mundo.  
Una mujer de historia.  
Una herencia completa.  
Un hombre fino.  
Una poetisa y su marido.  
¡Un regicida!

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la  
Serranía de Ronda.

## ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.  
Armas de buena ley.  
A cual mas leo.

Clavevina la Gitana.  
Cupido y Marte.  
Cébro y Flora.

D. Sisenando.  
Doña Mariquita.  
Don Crisanto, ó el Alcalde pro-  
veedor.

El Bachiller.  
El doctrino.  
El ensayo de una ópera.  
El calesero y la maja.  
El perro del hortelano.  
En Centa y en Marruecos.  
El leon en la ratonera.  
El último mono.  
Enredos de carnaval.  
El delirio (drama lirico.)  
El Postillon de la Rioja (*Música*)  
El Vizconde de Letorieres.

El mundo á escape.  
El capitán español.  
El corneta.  
El hombre feliz.  
El caballo blanco.

Harry el Diabolo.

Juan Lanas. (*Música.*)  
Jacinto.

La litera del Oidor.  
La noche de ánimas.  
La familia nerviosa, ó el suegro  
omnilibus.  
Las bodas de Juanita. (*Música.*)  
Los dos flamantes.  
La modista.  
La colegiata.  
Los conspiradores.  
La espada de Bernardo.  
La hija de la Providencia.  
La roca uegra.  
La estatua encantada.  
Los jardines del Buen Retiro.  
Loco de amor y en la córte.  
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones  
de Edimburgo.  
La Jardinera (*Música*)  
La toma de Tetuan.  
La cruz del Valle.  
La cruz de los Itumeros.  
La Pastora de la Alcarria.  
Los herederos.

Mateo y Matea.  
Moreto. (*Música.*)

Nadie se muere hasta que Dios  
quiere.  
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.  
Por sorpresa.

Tal para cual.

Un primo.  
Una guerra de familia.  
Un cocinero.  
Un sobrino.  
Un rival del otro mundo

La Direccion de EL TEATRO se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40,  
cuarto segundo de la izquierda.

## PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

### PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lucena.....	Cabeza.
Albacete.....	Perez.]	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Alcoy.....	Martí.	Mahon.....	Vinent.
Algeciras.....	Almenara.	Málaga.....	Taboadela.
Alicante.....	Ibarra.	Idem,.....	Moya.
Aimeria.....	Alvarez.	Mataró.....	Clavel.
Avila.....	Lopez.	Murcia.....	Hered.de Andrion.
juz.....	Ordoñez.	Orense.....	Robles.
Barcelona.....	Sucesor de Mayol.	Orihuela.....	Berruero.
Idem.....	Cerdá.	Osuna.....	Montero.
Bejar.....	Corou.	Oviedo.....	Martinez.
Bilbao.....	Astuy.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Burgos.....	Hervias.	Palma.....	Gelabert.
Cáceres.....	Valiente.	Pamplona.....	Barrena.
Cádiz.....	Verdugo Morillas	Pontevedra.....	Verea y Vila.
	y compañía.	Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Reus.....	Prius.
Castellon.....	Perales.	Ronda.....	Gutierrez.
Ceuta.....	Molina.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Real....	Arellano.	San Fernando...	Martinez.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.	Sanlúcar.....	Esper.
Córdoba.....	Lozano.	Sta. C. de Tenerife	Power.
Coruña.....	Lago.	Santander.....	Hernandez.
Cuenca.....	Mariana.	Santiago.....	Escribano.
Ecija.....	Giuli.	San Sebastian..	Garralda.
Ferrol.....	Taxonera.	Segorbe.....	Mengol.
Figueras.....	Bosch.	Segovia.....	Salcedo.
Gerona.....	Dorca.	Sevilla.....	Alvarez y Comp.
Gijon.....	Crespo y Cruz.	Soria.....	Rioja.
Granada.....	Zamora.	Talavera.....	Castro.
Guadalajara....	Oñana.	Tarragona.....	Font.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Teruel.....	Baquedano.
Haro.....	Quintana.	Toledo.....	Hernandez.
Huelva.....	Osorno.	Toro.....	Tejedor.
Huesca.....	Guillen.	Valencia.....	Mariana y Sanz.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.	Valladolid.....	H. de Rodriguez.
Jaen.....	Idalgo.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Jerez.....	Alvarez.	Villan. <sup>a</sup> y Geltrú.	Creus.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Vitoria.....	Illana.
Lérida.....	Sol.	Ubeda.....	Bengoa.
Logroño.....	Verdejo.	Zamora.....	Fuertes.
Lorca.....	Gomez.	Zaragoza.....	Lac.

LIBRARY OF CONGRESS



0 022 011 991 9